

An capericho
del
corazón

Kate Ross

DOLCE
BOOKS

Alexandra Danell

*Un capricho
del
corazón*

Two overlapping pink hearts are positioned behind the word 'corazón' in the title. The hearts are rendered in a soft, watercolor style with a light pink hue and a subtle gradient.

Título: Un capricho del corazón

©Alexandra Danell

Primera edición: febrero, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Prólogo

Mi madre, como siempre, tiene la costumbre de dejarme abandonada en terrenos desconocidos. A veces pienso que es para poner a prueba mis capacidades y que me está observando desde algún lugar, orgullosa y expectante con que haga las cosas como ella quiere. Otras, solo pienso que me tuvo demasiado joven y que a veces soy un impedimento para su diversión, por lo que me abandona.

La primera vez fue en un restaurante cuando tenía cinco años. Su cantante indie favorita del momento estaba en el mismo local, por lo que arrastró a papá con ella para que las fotografiaran juntas. Casi me pierdo buscándolas. La segunda ocasión fue durante mi graduación de primaria. Terminé pasando la fiesta con Marc, un niño de mi salón con el que nunca hablaba, porque ellos se sentaron con el director y sus familias. La tercera durante la boda de la tía Anastasia, y ahora, casi es un hábito que me dejen a solas en la sala de los vecinos, los Jones, mientras ellos disfrutan con sus nuevos mejores amigos en su salón de juegos a las apuestas.

Es así cómo hemos de costearnos un auto nuevo.

Molesta con ella y con papá, su alcahueta en partes iguales, me abrazo a mí misma y me dirijo al jardín de los Jones.

Tienen cerezos que justamente están floreciendo en esta época del año. Allí también están sus dos hijos, gemelos, llamados Dean y Liam. Están sentados en una escalera que da con un granero en el que su padre almacena la podadora con la que también corta el césped de mi casa a cambio de una cerveza con papá. Liam le dice algo Dean y éste afirma, no responde a cada comentario de su hermano. Mis vecinos siempre han sido excéntricos, pero sus hijos los superan, en especial Dean. Hay tantos rumores alrededor de él, desde sectas a ventas de drogas. Que la mayoría de las personas no se acercan a él sin importar que sea inteligente y el capitán del equipo de *lacrosse*. Yo solo pienso que corrió la mala suerte de ser demasiado tímido o introvertido al lado de su hermano.

En lugar de acercarme, me detengo como siempre tras un cristal, en esta ocasión el de la ventana de la cocina de la Señora Jones y los observo. Ambos poseen cabello café, se lo cortan igual. Casi tienen la misma textura, creo que Dean, es un poco más ancho. Sé que poseen exactamente los mismos ojos

azules verdosos.

Presiono mi palma contra el cristal, manchándolo con mi aliento, mirándolos interactuar entre ellos. Son tan parecidos, físicamente, imposibles de diferenciar a menos que te digan lo contrario, pero tan diferentes. El lenguaje corporal de Liam mientras habla grita pasión. El de Dean, mientras escucha, resentimiento. Me empapo con la visión de ambos, pero, sobre todo, con la de este último.

Con su aura oscura.

Con su expresión desolada.

Con su mirada recelosa.

Tengo tantas ganas de abrazarlo, que duele.

— ¿Divirtiéndote?

Salto y me alejo con el sonido de la voz de mamá. Ella está bajando las escaleras. Se ve tan bonita como siempre en un vestido veraniego. Sus rizos están atados en un lindo moño en la cima de su cabeza. Su mano sostiene una copa con vino tinto. Aliso la falda de mi uniforme para intentar distraer su atención del temblor de mis dedos. En especial, ella no puede darse cuenta de mi obsesivo y patético pasatiempo.

Sé que me enviaría a un convento si lo supiera.

—Quiero ir a casa —digo—. Ya cenamos, ¿puedo?

—Sí —responde sorprendiéndome, pues rara vez me permite volver sin despedirme. Es una obsesiva compulsiva con los buenos modales—. Pero antes debes contestarme algo.

Trago. Conozco esa mirada en su rostro.

Es la mirada de, *yo sé que escondes algo...*

— ¿Qué cosa?

— ¿Cuál de los dos te gusta más?

— ¿Ah?

—Me oíste, Elizabeth. No me gusta repetir dos veces.

—Pero mamá...

Se acerca, ahora es la curiosidad lo que predomina en sus facciones. No sé qué hacer, nunca le he dicho a nadie sobre esto. Nunca le he confesado a nadie que mi pasatiempo, es espiar a mis vecinos. Y mucho menos, que me toco pensando en ellos. Mis mejillas se sonrojan mucho más al pensar en eso. Siempre

trato de ser tan discreta, pero aún así, siento que lo sabe. Que ella y papá están al tanto.

— ¿Cuál, Elizabeth? —Insiste.

Separo los labios para responder, pero me interrumpe—. Piénsalo bien pequeña, son de buena familia, pero mientras Liam es dulce y amable, Dean es tachado como un monstruo. Es cierto que es inteligente y probablemente será exitoso, pero es un chico peligroso. Sé cómo es. Al principio la adrenalina opaca la realidad, te sientes al límite, volando y luego cuando se acaba, la caída es dura. No quiero eso para mí niñita.

Puedo identificar autentica preocupación por mí en su tono de voz. Eso es raro... Mamá suele reñirme porque hago las cosas mal y quiere que sea mejor, quiere tener a alguien de quién estar orgullosa y a quién exhibir, pero la mayoría de las ocasiones, no se preocupa de nada más. No de mi estado emocional, no de mi autoestima... Ese es papel de papá.

Muerdo el interior de mi mejilla, mi corazón se resiente ante lo que estoy a punto de decir. Convenzo a mi consciencia de que solo es para salir del paso, pero, aun así, se siente tan mal. Casi como si me traicionara a mí misma, como si lo traicionara, aunque ni siquiera he llegado al punto en el que deposite su confianza en mí. Me doy la vuelta y regreso a mi posición de acosadora, mirándolos, buscando cualquier gesto en él que me impida decir lo que mamá espera oír.

Lo único que obtengo es indiferencia.

—Liam, me llama la atención.

Y justo cuando digo las palabras, su cabeza se eleva y casi puedo leer sus labios. No sé si estoy loca, pero también imagino un destello de decepción en sus ojos.



Anguilla, territorio

británico de ultramar, me abrió sus puertas con la más linda visión aérea que he tenido en años: un mar azul que se aclara hasta fundirse con el blanco de la arena, montañas hechas de diferentes motitas de verde, techos rojos y palmeras. Lo primero que hago al bajarme de la avioneta que me trajo desde San Martín, otra isla a ocho kilómetros, pero más poblada, es tomar una honda bocanada de aire. Mi nariz cosquillea adaptándose a la sal hasta que me refugio dentro del pequeño aeropuerto. Rostros desconocidos me observan con curiosidad mientras pego mi frente a la ventana panorámica de cristal con vista a la playa, anonada con el paraíso que me rodea, esperando mi maleta.

Pensarán que soy una loca inglesa a la que le falta un tornillo, pero no me importa en lo absoluto. He venido aquí escapando de basar mis acciones en lo que deseen los demás, así, que pueden besar mi trasero. Para probarlo saco mi teléfono y me tomo *selfies* haciendo caras, coloco labios de pato de *Kylie* y subo un montón de historias. Para cuando he terminado ya no se molestan en ocultar sus expresiones aburridas y consternadas. Les sonrío.

Mi maleta ya ha salido y no tengo problemas bajándola, así que hago una salida triunfal ocultando mi cara con el sombrero.

Este viaje se trata de mí, no de ellos.

Es todo lo contrario a lo que hubiera pasado en Londres.

—Señorita Black, ¿es usted? —Es un señor de cuarenta años en traje con barba prominente. Sostiene un cartel con mi nombre. Hay un corazón arriba del palito de la i. Asiento—. Debo llevarla al *resort*, pero necesito confirmar su identidad. Me llamo Edward.

Le ofrezco mi mano al chófer que contrató la agencia. Él la estrecha con duda, pero su seño se relaja cuando le enseño mi pasaporte y confirma que soy yo. No se me ocurre qué tipo de crimen podría cometer alguien haciéndose pasar por mí, no soy rica, pero supongo que es algo bueno.

No tendré que preocuparme por la seguridad.

—Permítame —dice robando el mango de mi pequeña maleta de mis manos y metiéndola en el maletero—. Listo. —Se sacude el polvo y abre la puerta del asiento trasero del Cadillac estacionado frente al aeropuerto—. Por favor.

—Gracias —susurro adentrándome en un viaje al pasado.

El coche, aunque antiguo, está bien cuidado, el cuero debajo de mí se siente nuevo. No hay ningún tipo de mal olor dentro, ni a gasolina o contaminación, nada. Es perfecto. Después de un largo viaje relajo mi cabeza contra el espaldar del asiento. *Sister Rosetta* suena de fondo. Lo último que veo antes de quedarme dormida y perderme el camino es la sonrisa de Edward a través del retrovisor.

Llevo más de veinticuatro horas sin dormir, así que mi siesta continúa en la habitación de Anguilla Ville, el *resort*, en su cómoda y gigantesca cama con sábanas de algodón. Ni siquiera desempaco o me cambio para estar más cómoda, sueño con osos de goma, tragos de vodka y conmigo vestida de sirena. Doce horas más tarde, me levanto preguntándome dónde está mi príncipe encantado. Froto mis ojos con actitud perezosa, me levanto y doy pasos vacilantes en la oscuridad hasta alcanzar las persianas. Cuando las abro descubro que el exterior luce exactamente igual que el anterior. Arrugo la frente y tomo mi teléfono para ver la hora en la pantalla.

He dormido un día entero, gastando así un día y una noche en este precioso paraíso que no podré recuperar.

Dispuesta a no perder más tiempo, me doy una ducha y cambio mi traje de falda por un vestido veraniego suelto que solo se sostiene por una trenza a mi espalda. Mis pies entran en un par de sandalias de tiras que se atan tras mis rodillas. Llevo un bikini debajo. Suelto mi pelo de su apretado moño y este cae en hondas sobre mi espalda. Maquillo mis ojos de forma ligera, relleno mis labios con un tono *nude*. Cuando termino de arreglarme me doy un vistazo al espejo del baño y asiento. Me veo bien, veinticuatro horas de sueño me ayudaron.

Salgo tras tomar mi teléfono del sitio donde lo dejé cargando. Deposito la llave sobre la barra de la recepción para el servicio a la habitación. Una cosa buena de viajar, es que no tengo que limpiar. Cuando

vuelva, si es que alguna vez lo hago, probablemente me veré en la obligación de hacerlo de una forma que compense mi tiempo fuera, pero mientras tanto, puedo ser feliz viviendo en la negación momentánea.

Ya que no traje demasiada ropa porque prácticamente nada en mi armario era apto para tierras calientes, el primer día en la isla se lo dedicaré a mi guardarropa. Tomo un taxi a las afueras del *resort* y le indico que me lleve a un sitio donde pueda hacer compras. Él comenta que hubiera sido mejor que me quedara unos días en San Martín si pensaba ir de *shopping*. Pero me deja a las afueras de Rendezvous Bay, una de las tantas playas de la isla, donde paso la tarde caminando entre puestos y comprando una enorme cantidad de trajes de baños, faldas y vestidos para sustentarme mientras esté aquí. Mi estómago empieza a rugir de forma vergonzosa a mediados de las cuatro de la tarde, recordándome que llevo más de un día sin alimentarlo, así, que deposito el vestido que observaba en el mostrador de la choza y me despido de la linda vendedora.

—Combinaría con tu piel.

Una sensación de cosquilleo en mi cuello hace que me sobresalte.

—Sí, pero no voy a llevarlo, me quedé sin efectivo. —Le señalo al hombre bronceado mis bolsas sobre la arena, hay al menos diez bien llenas—. Estoy bien.

Arruga la frente, lo que hace que me concentre en lo apuesto que es. Aunque luce de cuarenta o al menos media década mayor, su pelo castaño carece de canas y sus facciones duras y seguras, permanecen libres de arrugas. Su cuerpo, cubierto por una bermuda y polo, también se ve bien, nada mal, en realidad. Tiene mejor condición física que la mayoría de mis compañeros de trabajo y eso que soy gerente de un gimnasio. También está bronceado, gracias a Dios sin parecer zanahoria, lo que es señal de que lleva más tiempo que yo aquí.

—Pagaré por él si quieres, es un crimen que no lo tengas. —No respondo. Sonríe como un Ken—. Vamos, ¡anímate! Sé te verá bien. —Saca una billetera de cuero marrón de su bolsillo trasero, veo un par de billetes grandes que valen más que todo lo que compré—. Me pagarás después.

Corto su discurso cruzándome de brazos y elevando el mentón.

—No, gracias, no estoy buscando un, Sugar Daddy.

Sus mejillas se sonrojan.

—No pretendo serlo.

Alzo las cejas.

—¿Entonces?

Tose. Luce incómodo. Esta vez guarda su cartera en el bolsillo de su polo. La vendedora, que nos veía esperanzada desde el otro lado de la choza, me fulmina con la mirada, no me siento mal, ya le compré algunas cosas. No puede ser tan codiciosa. Además, ¿qué si mi vida es el verdadero precio a pagar? No soy rubia, ni ingenua, ni estúpida, ni huí de un monstruo para terminar en cuestión de segundos con otro.

Sugar Daddy podría ser, Sugar Psychopath.

—Te vi hoy en el mismo *resort* en el que me quedo, pensé que podrías pagarme en algún momento —Se encoje de hombros—, no es tanto dinero...

Oh.

—Oh.

—Pero si no quieres no importa, no te obligaré a nada, tampoco pretendía sacar algo a mi favor. —Se mete las manos en los bolsillos y da media vuelta—. Nos vemos luego.

—Nos vemos —susurro.

Después de obtener un vistazo de su expresión fría, lo veo desaparecer en un restaurante a unos cien metros de nosotras.

La vendedora gira sus ojos en mi dirección. Gruño. Es linda.

Ella también pudo haber obtenido una porción del pastel si se lo hubiera planteado, pero no lo hizo, así que no soy la única que no hizo algo al respecto. Porque sí, no lo voy a negar, me gustó, esa sonrisa me encantó, pero ya no siento las cosquillas en el estómago que suele sentir cualquier persona ante la expectativa de conocer a alguien. Mi corazón se está reconstruyendo. Vine aquí por soledad, no para iniciar algo con otra persona, aún no estoy lista para hacerlo.

No lleno mi estómago con algo aparte de Doritos hasta que llego al *resort*. Allí dejo mis nuevas cosas sobre la alfombra y me doy una ducha para eliminar la sal de mi piel. Cambio mi atuendo playero por un vestido nocturno, también fácil de quitar, sobre un traje de baño de cuerpo entero y mis sandalias por chanclas. Salgo de mi habitación con una toalla enrollada en mi brazo y un bolso de plástico con otra muda. El plan es hacer uso del *spa*, las veinticuatro horas que pagué con la estadía en el *resort*, pero primero ir a cenar. Pido una gigantesca hamburguesa para mí sola, con refresco de uvas y muchas patatas. Ceno a la orilla de la piscina para adultos del complejo, un espectáculo nocturno de baldosas y luces

haciendo brillar el agua desde adentro, tan relajada como no recuerdo haber estado en mucho tiempo. Como no he comido desde ayer, la hamburguesa no me llena por lo que antes de irme, pido *brownies* para llevar que planeo devorar antes de dormir.

En el *spa*, se encargan de mí como nunca antes lo hicieron. Eliminan toda la piel muerta de mi cuerpo con un tratamiento de corales que la deja suave como la de un bebé. Tras ello, me sumerjo en una piscina de lodo sin nada más que mi dignidad. Tengo pepinos cubriendo mis ojos. Como uno de ellos cuando considero que ha pasado el tiempo necesario. Debo pasar dos horas aquí, así que vuelvo a poner a mi lista a reproducirse desde el principio. *Tatareo Colors*, de Halsey, antes de que *Cookie* de R. Kelly me anuncie que ya pasó el tiempo.

Son salas privadas, gracias al cielo, así que nadie puede ver cómo agito mi cuerpo desnudo y lleno de lodo fuera de la pequeña piscina hacia las duchas. Para cuando llego a ellas el barro se ha secado, así que me cuesta un poco retirarlo. Tomo la esponja de mi bolso y froto mi piel hasta que ha salido todo. Planeo nadar un rato, así que entro en mi traje de baño y guardo el vestido. Me despido de las chicas del *spa* con la promesa de volver pronto. Dejo mis cosas en una tumbona que debió pertenecer a un jeque, antes de terminar aquí a la orilla de la piscina, para poder sumergirme. Tiemblo a medida que bajo por las escaleras, esto es el Polo Norte en comparación al lodo hirviendo. Nado un poco para intentar climatizar mi cuerpo, adaptarlo a la temperatura, pero no sucede. Nado de regreso a las escaleras cuando el temblor se hace incontrolable.

Me siento en el escalón más alto, rodeando mi cuerpo con los brazos, pero eso solo lo hace peor. Bajo hasta quedar cubierta con agua de nuevo, lo suficientemente alto para sentarme sin ahogarme y lo suficientemente bajo para no morir congelada. Mi cuerpo se estremece de nuevo, no por el frío, sino por la sorpresa y el terror, cuando una figura emerge del agua frente a mí.

— ¿Está fría?

— Me congeló.

No es Sugar Daddy, pero esa voz la conozco tan bien.

Cabello negro, ojos verdes con motitas azules, pecas, pestañas gruesas, labios deseables. Cuerpo de dios griego, manos grandes, hoyuelo en la barbilla, nariz levemente torcida pero perfecta. Dientes blancos que resplandecen con la luz de las farolas que nos rodean.

— ¡Es él!

—Es de quién he estado escapando.

— O su clon...

— ¿Liam?

—No —dice.

Parpadeo con incredulidad.

— ¿Dean? —Susurro.

Asiente. La sonrisa en su rostro se hace más ancha.

—Hola, Ellie.



Dean y Liam fueron mis vecinos cuando tenía quince. Siempre fueron reservados, no solían salir a jugar fútbol en la calle con los demás, ni hacían fiestas o reuniones secretas con chicas a pesar de que todas en la escuela morían por ellos, cuando sus padres no estaban. La ventana de mi habitación daba con su patio trasero, por lo que solía observarlos hablar entre sí, interactuar con sus pocos amigos y fumar *narguile*. A parte de ello los veía en los pasillos todos los días, por lo que allí también recolectaba información como la pequeña acosadora que era.

Dean siempre fue el más callado, lo que no significaba que fuera tímido. Solo decía las cosas cuando debían ser dichas, también era temido. Las personas, movidas por el rumor de que sufría problemas de ira y tenía pasatiempos excéntricos, como asesinar gatos, se alejaban.

Liam, en cambio, era tan extrovertido como cualquier chico de dieciocho con el mundo a su alcance. Hablaba más, reía más, coqueteaba más. En definitiva, era el favorito de las chicas, pero Dean era el mío. Yo no creía en chismes, él sabía robar suspiros a su manera cuando ejercía su papel de capitán del equipo de *lacrosse*, porque nadie nunca pudo negar lo buen jugador que era, o pateaba el trasero de algún abusador que tenía tan poca inteligencia como para meterse con alguien como él.

O alguien que conociera.

Y yo tuve el privilegio de entrar en esa categoría.

Mamá solía insistir en hacernos amigos de todos, adoraba ser visitada y organizar pequeñas cenas o fiestas, así que en más de una ocasión terminamos, papá y yo, siendo arrastrados a la casa de los gemelos. Solía esconderme tras él toda la velada, aunque eso no significaba que a él se le hiciera más fácil. A diferencia de mi madre, nosotros no éramos tan buenos con las personas como ella. Clemence, tiene el don de hacer que cualquiera, sin importar quién, se sienta el centro del universo. Eso les encantaba a John y a Patrice, los padres de Dean y Liam, que eran una especie de superestrellas en mi condado. Poseían medio pueblo, pero nunca se permitían hacer amigos. Mi familia fue la excepción, así que con el tiempo sus hijos se vieron forzados a aceptarme también.

Esa fue la razón por la que Dean, el mayor por dos minutos, se hizo cargo de Harold, mi primer novio,

cuando terminé con él porque insistía demasiado en empujarme a dar un paso para el que no estaba lista e intentó halarme del cabello tras haberme abofeteado acusándome de haberle entregado mi virginidad a alguien más. Dean llegó tarde para impedir que me golpeará, pero se hizo cargo de su trasero lo suficientemente rápido como para bloquear una segunda agresión. Después fue incluso más lindo ofreciéndose para llevarme a casa y entrando, ya que mis padres no estaban, para limpiar la herida en mi labio.

Lo amé entonces.

—Mataría al bastardo si me prometieran no terminar en la cárcel —Su mano ejerce presión con el algodón sobre mi piel. Jadeo, duele mucho, su mirada se oscurece—. Aunque, pensándolo bien, la cárcel no suena tan mal como dejar a esa escoria caminando libremente sobre la faz de la tierra. Tendría comida, cama y ropa gratis de por vida. —Acaricia un costado de mi rostro. No sé por qué, pero por impulso me acurruco contra su mano. La tensión de su cuerpo se relaja. Es la primera vez desde que estampó a mi ex contra los casilleros que lo hace—. Tan bonita... —susurra. Su voz es ronca.

Esta vez cura la herida en mi labio inferior con delicadeza—. ¿Cómo pudo hacerte esto?

—Es un idiota —digo.

Asiente. Se echa hacia atrás luego de pegar una tirita con carita feliz en mi boca. Dudo que dure demasiado allí, pero el gesto es tan tierno y lo es aún más por venir del inalcanzable Dean, el chico de al lado que no debería ni siquiera tocarme. He soñado tanto con esto, con su tacto en mí. Suelto un suspiro mientras lo veo guardar los implementos que usó para curarme de vuelta en el botiquín de primeros auxilios de mamá. Nunca pensé que sucedería así, en mis fantasías nunca soy noqueada por un asqueroso estudiante con el que estúpidamente salí, pero estoy bien con él cuidando de mí.

Enrollo mis dedos en la tela de mi falda, aún tenemos el uniforme. Él, está tan sexy que debería ser considerado ilegal. El color negro de su corbata destaca la combinación de verde y azul de sus ojos. Por un rato no hace más que observarme en silencio, lo que me pone tan nerviosa que deseo, por primera vez, lastimarme a mí misma causando una herida que llegue a mi estómago y cree un agujero para que las mariposas salgan.

—Espero que permanezca alejado de ti —suelta una vez termina de recogerlo todo—. Como a cien malditos metros de distancia como mínimo. Ni uno menos.

—Lo dudo.

La tensión y la mirada feroz regresan.

— ¿Vas a volver con ese tipo después de lo que te hizo?

Absolutamente no.

—Yo..., solo digo que estudiando en la misma escuela...

Se acerca. Está tan peligrosamente cerca.

—No vas a volver con él —afirma.

— ¿Por qué no lo haría?

De nuevo sus manos están en mi cabello. Su toque es frío, pero crea tanta calidez en mí, que estoy hiperventilando. Es tan irreal...

—No eres estúpida, no terminarás siendo una víctima de abuso de forma voluntaria. Eres la chica más brillante que conozco, sabes que mereces algo mejor que ese imbécil sin bolas. Si las tuviera, hubiera ido con alguien de su tamaño en vez de con su pequeña novia indefensa. Es un bastardo sin...

—Me estremezco ante el recuerdo. Dean se calla, pero deja escapar un sonido gutural que envía pinchazos eléctricos a lo largo de mi columna vertebral. Luce salvaje, pero de alguna forma se las arregla para permanecer dulce conmigo. Frota su nariz contra la mía. Estoy tan concentrada en ese gesto que no veo venir el mejor momento de mi vida—. Y por esto.

Sus labios chocan con los míos tan rápido, que no es hasta que termina que lo entiendo. Fue apenas un roce, un impacto rápido, pero tan intenso que me encuentro curvando los dedos de mis pies por la impresión y la pasión que él creó en mí. ¡Oh, por Dios! ¡Dean Jones me besó! ¿Cómo le explicaré esto a Margaret? Mi mejor amiga estallará cuando lo sepa.

Todo el mundo lo hará, yo lo estoy haciendo.

Con una sonrisa ladeada, casi de lobezo, se retira y da media vuelta hacia el pasillo. No se despide, yo tampoco me muevo, solo permanezco sentada en el lavado del baño escuchando como sus pasos se hacen cada vez más lejanos hasta que, eventualmente, desaparecen. El que inició como el peor día de mi vida, se ha convertido en el mejor. No los cuento, pero son muchos los minutos en los que permanezco allí sentada, sonriendo como una tonta.

Para cuando me bajo, aún no puedo creerlo. Me miro en el espejo y me llevo el dedo índice a los labios

sintiendo el hormigueo, ya no de dolor, sino todo lo contrario.

Pasados los días lo amé aún más. Él, que no sonreía demasiado, lo hacía cada vez que nuestras miradas se cruzaban por las mañanas. Él, que no reía demasiado, reía a carcajadas cada vez que mamá hablaba de mí en casa de sus padres y yo me sonrojaba. Él, que no coqueteaba con ninguna chica, escondía mechones de cabello tras mi oreja cuando se escapaban de mi coleta para cubrir mi frente y me decía a cada instante lo linda que era para una ciudad tan deprimente como Shaftesbury. Las demás podrían tener a Liam, pero Dean era mi amor.

Era mi favorito de los dos.

Poco a poco, el escenario evolucionó a mí escribiéndole tontas notitas de amor que depositaba en su casillero y a él, respondiéndolas de la misma forma. Ante la mirada atónita de todo el instituto, Dean sostuvo mi mano, me dio besos en la mejilla y me llevó a cada fiesta a la que fue invitado por un año. Algo que para muchos fue un juego, ya que él era mayor y necesitaba mucho más que besos y abrazos, para mí fue lo más cerca que he estado de un final feliz. Nunca fuimos novios, pero salimos, solo nos hacía falta un empujón para serlo.

Y entonces, de la noche a la mañana, todo se derrumbó.

A finales de su último año antes de ir a la universidad hubo un incendio en el centro. A una de las joyerías de su padre, le falló una tubería de gas y por causa de un cliente encendiendo un cigarro, terminó estallando con él y su madre dentro, hasta que solo quedaron cenizas y diamantes como escombros. Eso lo destruyó.

Lo acompañé al funeral, sostuve su mano, pero fueron contadas las veces que miró en mi dirección o me devolvió el apretón. Solo recuerdo cómo lo hacía, observándome sin nada del amor al que estaba acostumbrada, partiéndome en dos.

Dos semanas más tarde, se marchó a Brístol con sus tíos, sin mirar atrás. Fue algo que entendí hasta que vi cada pequeña nota que nos escribimos publicada en la cartelera estudiantil, al igual que fotos y secretos íntimos que solo compartí con él, haciéndome saber que todo fue un sucio juego. Eso me llevó a cavar mi propia tumba. Recordé cada cosa que me dijeron, como que solo pasaba el rato o era una especie de apuesta porque jamás sería lo que él querría. Eso explicaba por qué ni siquiera buscó consuelo por la muerte de sus padres en mí.

Me deprimí, dejé de comer y lloré hasta quedarme seca.

Por supuesto, ¿quién era yo para que Dean se fijara en mí?

No tenía problemas de autoestima, solo era realista. Los chicos perfectos como él, hermosos y con un futuro prometedor, no estaban con alguien del club de teatro o futuras administradoras de un gimnasio. Siempre buscaban abejas reinas, líderes, que estuvieran al mando y le pudieran seguir el paso. Algún día Dean sería alguien grande, es algo que su padre decía siempre y que él mismo confirmaba con cada logro en la escuela, ganando becas que ni siquiera necesitaba y llevando al equipo de *lacrosse* a la victoria. Una vez todos se dieron cuenta de que los estúpidos y oscuros rumores que lo envolvían eran solo eso, rumores, lo querrían.

Liam, por el contrario, siempre fue el hijo que miraba desde lejos y disfrutaba de la vida sin preocuparse por destacar o generar buenas impresiones. Liam se quedó, Liam lo superó, no abandonó a sus amigos, no jugó conmigo. Me sostuvo, llenó el vacío que su hermano dejó en mí y, a cambio, lo ayudé a llenar el suyo propio. Me enamoré una segunda vez sin pensarlo un momento, pero no lo hice del chico, sino de su papel como sustituto. Y fue la cosa más estúpida que pude haber hecho, incluyendo el haberme enamorado de su hermano primero.

Las cosas con Liam fueron rápidas.

En lugar de sostener mi mano, besó mis labios e introdujo su lengua en mi boca sin rodeos. Me llevó a la cama, me hizo suya, me llamó su novia delante de todos. Siempre me sentí mal por compararlos, pero mientras que con Dean sentí que me entregaba libremente y en pequeñas dosis, Liam se adueñó de cada trozo de mí sin pedir permiso. Al menos cumplió su papel haciéndome olvidar. Fue agobiante, asfixiante, desarrollar una dependencia hacia alguien de esa manera, pero funcionó por un tiempo. Me permitió seguir adelante, fue mi salvavidas en medio de un mar de dolor.

Y después me hundió con él.

Una vez pude sostenerme por mí misma sin tambalear al pensar en mi primer amor, abrí los ojos y me di cuenta de que Liam y yo éramos tóxicos. Él me absorbía, me alejaba de mi entorno. Me chantajeaba con destruirse a sí mismo si permanecía distante, lo que ocasionaba que no tuviera una vida más allá de asegurarme que no cometiera una locura con la suya por mi culpa. Pensé que después de salir de la escuela, viéndose forzado a abandonar nuestro pequeño pueblo natal para asistir a la universidad, eso cambiaría, que el mismo tiempo se encargaría de poner trabas entre nosotros. A veces ni siquiera pensé que la solución era dejarlo, sino esperar

Que su dependencia por mí se redujera a lo normal. Entonces seríamos felices.

Estuve tan equivocada.



Mi tercer día en

Anguillas es caracterizado por la vida al extremo. Inicio desayunando peligro en el restaurante del resort: una torre de seis panqueques untados en nutella, con queso mozarella, que hacen que mi estómago ruja antes de que tome los cubiertos y ataque. Para cuando termino con ellos incluso mi cabello está lleno del delicioso manjar. Estoy llena pero aún así, siento ganas de lamerme como gato. Ronroneo echándome hacia atrás en el asiento de mi cabina. Si así es cómo se siente la autentica felicidad, supongo que ahora podré morir en paz.

Después de llenar el tanque voy a la recepción y me anoto para el *tour* de deportes extremos. La recepcionista, una tal Luisa, me mira con mala cara.

El autobús ya salió, pero después de una llamada al gerente, quién llama al dueño, vuelve echando humo y ordenándome esperar afuera por el *jeep* que vendrá a buscarme. Dice que es política del *resort* tomarse muy en serio el tema de complacer a sus clientes, a lo que acota que por suerte la mayoría de ellos son considerados y están listos a la hora.

Con la mente en blanco y sin entender nada de su actitud, pues estaba de acuerdo con cambiar mis planes y esperar otro día para tomar el tour, salgo del *resort* y me siento en una de las butacas que rodean la fuente que está en la entrada. Es un sitio hermoso. Está lleno de flores tropicales y palmeras. Le envío textos con muchos *emojis* a Margaret mientras es, pero cuento al menos unos cincuenta, pero no consigo respuesta. Deduzco que seguramente está con resaca durmiendo en la casa de quién sea su novio esta semana. Si alguien no sufre por amor, es ella. Entro en el *jeep* riendo como loca. Sé cuánto le estresa que haga eso, pero es cómo fastidio a mis amigos. He perdido la cuenta de los grupos de *WhatsApp* de los que he sido eliminada por la misma razón.

—Llegamos —anuncia el chofer una vez aparcamos en la playa.

—Gracias.

—De nada, señorita.

Cuando estamos camino a la playa me entrega un chaleco salvavidas. El primer deporte en la lista es *snorkel*. Lo ajusto a mi cuerpo como puedo.

Capitán Jack Sparrow, porque puedo jurar que es idéntico a Johnny Deep, me ayuda cuando decide que ha tenido suficiente de mí retrasándonos por ser un desastre. El suyo estuvo perfectamente puesto en un cuarto del tiempo que me tomó a mí convertirme en momia. Es aún menos lo que tarda en salvarme de la auto-inmovilización.

—El bote está esperando por nosotros en la orilla —dice una vez termina. Señala una nave de un millón o dos de libras esterlinas, como mínimo, flotando junto al muelle. Una rampa que sale de ella los conecta—. Ya la flota está lista, solo faltas tú.

—Lo siento —murmuro.

Realmente odio a Luisa, pude haber esperado el siguiente.

—No te preocupes, no es la primera vez. —Pone los ojos en blanco mientras me tiende la mano para ayudarme a subir. Estoy avergonzada por todas las molestias que se ha tomado por mí, así que dudo al momento de tomarla. Al final gana el miedo a sumergirme en el agua antes de tiempo—. El “jefe”, proporciona atención especial a “ciertas”, señoritas...

Eso hace que me detenga en seco.

Primero Sugar Daddy. Después Dean.

Ahora un “misterioso” jefe que suele insistir al momento de traer, “ciertas” señoritas a su bote. Definitivamente mi *resort* se está sintiendo un juego de cacería donde soy la presa principal, el conejo dorado.

— ¿Qué? —No puedo retroceder, ni bajar, el Capitán Jack, está levando anclas. Es demasiado tarde—. ¿Qué tengo de especial? Me hicieron entender que este es el trato que recibe cualquiera.

Ríe a carcajada limpia.

—No es el trato que recibe cualquiera, te lo aseguro. —Me echa un vistazo de pies a cabeza—. Yo tampoco sé qué hay en ti, sin ofender. —Chasquea—. Ven, sígueme, te mostraré a tu compañero de *tour*.

De nuevo me estremezco.

— ¿Compañero?

Afirma. Me ve como si me faltara un tornillo o estuviera sorda. No lo culpo. Yo tampoco entiendo qué está pasando. En tan solo un día esto ha pasado de ser un paraíso a una pesadilla de la que no puedo despertar. Una vez llegamos a la cabina el aire que había estado retenido en mis pulmones es liberado en un suspiro de autentico alivio. Un anciano, entre sesenta y ochenta años, está sentado esperando con un

vaso de *whisky* en la mano.

Usa el mismo chaleco que yo, en vez de un traje de baño ajustado, como el del capitán, utiliza un *short* impermeable con estampado floral.

—Marco, te presento a... —Mira su portapapeles con el ceño fruncido— Elizabeth, tu compañera para el *tour*.

—Hola —. Saludo con mi mejor sonrisa tendiéndole la mano.

La estrecha devolviéndome el gesto.

—Señorita—, dice.

—Toma asiento. —Me señala la butaca de cuero junto a Marco. Lo hago dejando mis cosas en el suelo de mármol. No entiendo cómo un bote puede tener un suelo tan pesado sin hundirse, pero es hermoso—. Soy Charles, el capitán, su instructor vendrá en un momento. —Saca un sombrero naval desde algún lugar y lo coloca sobre su cabeza. Algunos de sus rizos negros se ocultan—. Oh, no, mírenlo, aquí está.

Sus palabras hacen que gire para mirar al instructor que entrar en la cabina desde el exterior. Su piel pálida, probablemente llena de protector solar, está sonrosada y brillante. Usa un traje de baño para hombre tipo bóxer. Él sostiene tres equipos de *snorkel* en mano. Me tiende uno. Lo acepto sintiendo cómo mis pulmones de repente han dejado de funcionar, mis dedos tiemblan mientras lo cojo.

¡No!

—Soy Dean. —Le entrega otro a Marco—. Será un placer acompañarlos hoy. El *snorkel* es una actividad bastante adecuada para iniciar el *tour*. Se descubrirán relajados de regreso a tierra firme. Por el momento pueden descansar, Charles, nos llevará a un sitio adecuado para disfrutar la flora y fauna acuática de la isla.

El mencionado asiento y desaparece, a los segundos escucho como la cadena del ancla está siendo recogida. Un par de minutos después, el bote empieza a navegar una distancia segura.

—Genial —murmura mi compañero dejando de lado el licor y colocándose la máscara. Yo, por el contrario, estoy pensando arrebatársela—. ¿Cuánto tiempo nos tomará eso?

—No mucho.

Los labios de Dean se curvan en una sonrisa siniestra. Se sienta a mi lado, pero lo hace tan innecesariamente cerca que su muslo desnudo choca contra el mío en igualdad de condiciones por el bikini. Sé que me está mirando, así que desvío mi atención al lindo suelo de nuevo y me sonrojo en medio de la furia y la indignación que es estar en esta molesta situación. Yo vine aquí escapando de su hermano,

de él, de lo que ellos me hicieron, pero el universo es tan cruel, que lo colocó aquí de entre todos los lugares del mundo. Debí haberme quedado en el *resort* leyendo una revista, concretar otra cita en el *spa* o alquilar un auto y recorrer la isla por mí misma.

Y también debí haber escogido un traje de baño diferente.

Uno, que, por ejemplo, ocultara mi piel de gallina sin siquiera haber tocado el agua. Aunque no me debería sentir mal, no le debería dar ese gusto. Furiosa por dejarme intimidar así, como la colegiala a la que él engañó, alzo el mentón y lo miro directamente a los ojos con la misma determinación con la que él lo hace, preguntándole con ellos por qué me observa así, devorándome, cuando no tiene ningún derecho. Además, no es nada que no haya visto antes.

—Esa respuesta traducida a números y al sistema internacional del tiempo, ¿significa?

Dean sacude su cabeza, como si volviera al mundo real, antes de concentrarse en Marco. Mientras lo hace mechones de cabello marrón se mueven a su frente. Yo, en cambio, no me retiro. Sigo observando, contando cada peca de su rostro, lo que seguramente Marco asociará con una actitud psicópata, pero que dentro de mi mente es una victoria.

—Quince minutos.

—Oh, ya vamos a llegar.

Dean afirma.

—Haremos varias paradas, ésta es solo la primera. —Relame sus labios—. Algunos lugares realmente están lejos, como a media hora más, pero no pasaremos de la hora y media de viaje a velocidad promedio. —Se acerca a un baúl en la esquina de la habitación—. Ya estamos llegando, así que deberíamos salir a la cubierta exterior. Tomen aquí —dice a la vez que nos tiende dos pares de aletas. Escojo las más pequeñas—. Recomiendo que se las pongan afuera.

—Mi espalda está jodida muchacho, a menos que esté dentro del agua. —Marco lucha para levantarse. Arrugo la cara cuando escucho sus huesos crujir. Salgo después de él solo para asegurarme de que no ocurra un accidente. En la cubierta me relajo cuando se sienta. En lugar de imitarlo, me acerco al borde y asomo parte de mi cuerpo hasta que el viento salado impacta contra mi rostro. He pagado por esto y Dean, no me impedirá disfrutar—. Estoy ansioso por llegar.

Como si lo oyera, el yate aminora la velocidad. No entiendo la razón hasta que noto el contraste de azul en el agua. Donde estamos, a unos veinte metros de la mancha celeste, aún está oscura. Supongo que es allí a donde nos dirigimos.

—Llegamos —dice Dean.

—Al fin. —Esta vez Marco, no hace de levantarse un espectáculo. Ya tiene las aletas, baja su máscara y sin mirar atrás, se lanza de lado hacia el agua—. ¡Nos vemos allá abajo! —Grita.

Abro la boca y corro hacia la rampa de clavados para asegurarme de su estado, pero llego tarde. Ya está nadando hacia nuestro destino como Michael Phelps. Cuando veo a Dean en busca de respuestas, éste se encoje de hombros.

—No es la primera vez que lo hace.

—Eso veo...

— ¿Tú sí?

—Sí.

—Perfecto. —Se arrodilla frente a mí, estoy sentada luchando con las aletas. Con dos suaves movimientos, logra que mis pies entre en ellas. La máscara ya está en su lugar. No creo que pueda ajustarla abajo como Marco o como seguro planea hacerlo Dean—. Eso quiere decir que tendré que enseñarte.

—Sé nadar, me las apañaré sola.

—Soy responsable de tu seguridad, éste, es mi trabajo.

—No te necesito —gruño levantándome y dirigiéndome a la rampa.

Dean se acerca.

—Ellie...

— ¡Aléjate! Alza las cejas. Sus labios se curvan.

— ¿O qué?

— ¡Me lanzaré!

Dean ríe — ¿Ese, no es el propósito de esto?

Doy un paso más y su sonrisa desaparece. Se acerca.

— ¿Qué tan bien sabes nadar?

—No tan bien —digo y me lanzo.

Prefiero ahogarme a soportarlo, eso es lo que pienso, hasta que todo se vuelve oscuro...

Son dos pares de brazos fuertes en combinación con un abdomen duro y marcado, junto con varios

músculos más, los que se abrazan a mí desde atrás y me impulsan a la superficie. Boqueo hondo cuando finalmente salgo. Lleno mis pulmones con aire, toso y Dean gruñe.

— ¡Estás loca, Elizabeth!

— ¡No! ¡Tú lo estás! ¡¿Qué haces trabajando de instructor de *snorkel*?! ¿Qué pasó con la carrera de derecho? —Me estremezco, ahogándome de nuevo, cuando una ola grande hace que trague agua. Dean me alza—. ¡¿Qué haces aquí?!

Sonríe. —Pagan bien. —Empieza a moverse hacia la mancha—. ¿Qué tal si me ayudas? Me cuesta moverme contigo sin ahogarnos, Ellie.

Lo hago, vamos más rápido entonces.

Tampoco la idea es morir hoy, matarlo a él sí, pero no morir en el acto. Quizás pueda olvidarlo en un pozo lleno de anguilas y deliberadamente ignorar sus gritos de auxilio.

— ¿Qué pasó con la carrera de derecho?

—No me llenó.

— ¿, pero sí la terminaste?

—Lo hice —ya casi llegamos—. Listo, deberías poder estar de pie sin problemas—Me suelta. Mis dedos apenas rozan la arena, pero camino en las puntas de mis pulgares hasta que puedo pisar con toda la planta sin que el agua me cubra—. Toda la mancha es así, no te ahogará.

—Está bien —Flexiono mis piernas, hundiéndome a mí misma y agito la mano en el aire con desdén—, ya te puedes retirar.

Dean ríe otra vez.

— ¿Y dejarte sola para que te ahogues? No, gracias —Siento sus pasos tras de mí. Me sumerjo y camino más rápido. Suelto un sonido exasperado cuando no supero el medio kilómetro por hora. ¡Estúpida agua!

— No quiero ese tipo de eventos en mi historial.

—No sería tu culpa si muero.

—De acuerdo a mi contrato con el *resort*, sí.

Me detengo para girarme y que vea mis ojos en blanco.

—No moriré.

Dean asiente en acuerdo.

—No lo harás, estaré allí para ti.

Mi pecho se oprime ante los recuerdos de otro tiempo en los que me dijo palabras diferentes con el mismo mensaje. Empujo las sensaciones a lo más hondo de mí, lo más rápido que puedo, decidiendo que lo mejor es ignorarlo, porque de una u otra forma sé, que acabará siguiéndome. Me termino de zambullir y empiezo a disfrutar de la fauna y flora del Caribe. Peces “ángeles” me reciben en las profundidades, sonrío e intento no tragar agua cuando se me hace imposible contener la risa.

Soy buena nadadora cuando no hay una corriente arrastrándome, por lo que a veces Dean se descuida y aprovecho para liberarme un rato de su opresiva presencia. Una montaña submarina de corales me atrae como una polilla a la luz en una de esas ocasiones, pero sé que para ver más de cerca tendré que sumergirme porque los peces están escondidos en la parte más oscura. Voy un rato hacia arriba para prepararme inhalando hondo y, con las mejillas llenas de aire, bajo.

Es, absolutamente hermoso.

El plancton cubre el coral de extremo a extremo, qué es lo que atrae a una multitud de especies. Leí el folleto del *tour* la noche anterior, así que logro identificar un pez “loro”, aterradora y hermosamente gigante, y dos “cofre” que nadan haciendo morritos con sus labios. Sus lunares negros sobre escamas amarillas me recuerdan a los vestidos de mi madre. Subo cuando una anguila jugando con un enorme atún me asusta. Mi bocanada es enorme pero controlada, al salir. Una brillante sonrisa cubre mi rostro.

— ¡Elizabeth! —Escucho a Dean gritar en medio de la mancha. Está de pie, se sumerge al no conseguir respuesta. A los segundos vuelve a emerger, se lleva las manos a la cabeza. Luce angustiado—
¡Maldición!

No sé cuánto tiempo lleva buscándome, pero por su expresión sospecho que bastante. El sol hace que entrecierre los ojos, por lo que nado hacia él hasta que puedo estar de pie y usar la mano para proteger mi visión y disfrutar en primera fila de su reacción.

—Hola.

Su rostro contraído palidece.

— ¿Ellie?

—La misma que canta y baila...

La barbilla de Dean, tiembla.

— ¡¿Dónde cojones estabas?!

—Nadando.

— ¡Te estaba buscando! ¡Te dije que estaría tu lado!

— ¡Exacto! —Elevé la barbilla con actitud desafiante— ¡Me dijiste que estarías a mi lado, pero yo nunca te prometí estar contigo, “señor mentiroso”! —Tiembla— ¡Si alguien tiene la culpa de esto, eres tú que no has podido seguirme el ritmo!

—Elizabeth... —Gruñe.

Hay una clara advertencia en su tono, decido pasarla por alto.

—No sería la primera vez...

Escuchando alabanzas a mi valentía dentro de mi mente, me doy la vuelta sin saber cómo Dean, reaccionó a ello y nado hacia el barco. Allí arriba me encuentro a Marco, me mira con sospecha y curiosidad, pero no dice nada cuando me siento enfurruñada como una niña pequeña a su lado. Dean, entra un cuarto de hora después y se dirige a la cabina de mando sin mirarme. Al regresar nos informar o, más bien, le informa a Marco que hemos terminado con el *snorkel*. Separo los labios para replicar, pero mi compañero de *tour* asiente y dice que prefiere ir a la siguiente ronda de motocross acuático, que hacer algo que podría él mismo llevar a cabo en la playa del *resort*, por lo que entro en la cabina central y tomo mis cosas para cambiarme con el presentimiento de que el episodio en mar abierto solo fue el inicio de un largo día.

Nunca estuve más en lo cierto.



Antes de pasar a lo siguiente vamos a almorzar a un *Burger King* a petición de Marco. Él paga. Cuando llegamos a nuestro próximo destino empiezo a tener un mal presentimiento. Si soy terrible conduciendo sobre asfalto, mis esperanzas en el agua son escasas, casi nulas en realidad. Esto es algo que confirmo cuando caminamos por muelle de *Shoal Bay East*, la playa considerada la más hermosa de la isla, y Marco le da un empujón cariñoso a mi hombro.

— ¿Sabes encenderla?

Niego. —No, nunca he montado una de éstas.

—Ni lo harás. —Dean gruñe de nuevo.

Marco rueda los ojos. Los gruñidos han sido su lenguaje desde que terminamos con el *snorkel*. Charles, que reusó a quedarse en el *jeep*, se detiene frente a tres *Yamaha* ancladas. Cada una tiene un juego de lentes.

— ¿Por qué tres? —Pregunto.

—Tampoco tengo respuesta para eso, chica —responde Charles mirando a Dean de reojo—, pregúntale al jefe.

—Charles... —Ruge él.

— ¿Al jefe? —Miro a Dean— ¿Entonces no eres solo un entrenador? —Pisoteo al no obtener respuesta — ¡Lo sabía! ¡Mentiste de nuevo!

—Gracias... —Sisea mirando al capitán del barco.

Charles sonrío. —No sabía que fuera un secreto.

Dean me mira.

—Ellie...

— ¿El resort es tuyo también?

Dean asiente.

—Todo.

— ¿Tienes algo que ver con el descuento que me ofrecieron?

Se muerde un labio, meditando su respuesta. Cuando va a dármela Marco lo interrumpe.

—Mi día está siendo estropeado por un drama del pasado, tendré que hablar con el gerente. —Todos lo observamos perplejos, ¿no acaba de oír que el jefe del gerente es Dean?— A menos que, claro, todas las molestias causadas de ahora en adelante se vean bien compensadas con, no sé, una cena a la luz de la luna para uno.

Dean ríe. — ¿Qué te parece un pase libre al *bufet*?

— ¡Hecho! —Se estira para tomar sus lentes, luego de que los tiene puestos le lanza una mirada a Charles—. Vamos hombre, no interrumpas, hagamos una carrera de aquí a ese crucero de allá.

Charles niega. —Está en movimiento.

Marco sube y baja los hombros. —Te estoy dando la oportunidad de que me demuestres que esto no es un tour de neñitas, sino para verdaderos hombres, ¿la tomarás o no?

El capitán Jack Sparrow rechina los dientes.

—No sabes en lo qué te metiste, viejo —dice antes de tomar sus gafas y montarse a horcajadas en la segunda moto—. Te arrepentirás.

—Lo mismo digo —dice riendo mientras acelera, dejándolo detrás.

Jack lanza una maldición, después lo sigue. Me siento en el muelle para ver cómo desaparecen poco a poco, en dirección al crucero.

—Supongo que me quedaré aquí.

— ¿Estás loca? ¿Piensas dejar que ganen? —Dean niega mientras se monta en la moto y ajusta sus lentes, me ofrece la mano desde abajo—. De ninguna jodida manera. Acabo de regalarle mucha comida a un tipo para que no nos moleste, lo menos que puedes hacer es acompañarme. Eres tan culpable de eso como yo.

— ¿Qué?

—Mi negocio se podría hundir por una mala crítica.

— ¿De qué hablas? Hay muchas malas críticas en la web, *trolls*. —Ruedo los ojos—. Una más no te hará

nada, además, dudo que alguien pueda escribir algo feo sobre tu *resort*. Es increíble.

Por más que me duela admitirlo, es cierto.

—Marco no es “alguien”, es un crítico importante.

— ¿Mmm?

Me costaba creerlo en un principio, pero recordando su increíble capacidad para ajustarse a cualquier actividad..., podría ser.

Dean era tan mentiroso, sin embargo, que no le creía ni la hora.

—Ven, vamos, será divertido.

Me voy a negar por segunda vez. Entonces recuerdo mi promesa de no dejar que arruine mis vacaciones, porque ya había tenido suficiente arruinando mi vida y acepto su mano. A bordo del vehículo marino me veo obligada a rodear su cintura con mis piernas. Sigo usando solo un bikini, así que siento toda su espalda contra mi torso en el camino. A medida que nos acercamos a Marco y a Charles a alta velocidad, admito que puede que mi mente lo haya borrado, que mi corazón haya sido maltratado al punto de no querer volver a pertenecer a nadie más, pero mi cuerpo, aún lo desea. Lo dicen mis pezones endurecidos, el cambio en el ritmo de mi respiración, los temblores de mis dedos.

Y, aunque solo fui un juego para él, sé que también lo hace.

Me doy cuenta de cómo sus manos aprietan los manubrios. De cómo su espalda se tensa. De los sonidos guturales de su garganta. De sus estremecimientos cada vez que rozo su costado por accidente. Eso es algo que ni siquiera un mentiroso como él, el mejor, puede fingir.

Estoy tan concentrada en cómo reaccionamos el uno con el otro después de tantos años, que no me doy cuenta de que le ganamos a Marco y a Charles. Tampoco del momento exacto en el que Dean se desvía del camino y nos aparta al otro extremo de la playa. Allí no hay tantos turistas, solo veo a una madre jugando con su niña en la arena. Mis nervios se elevan cuando se levanta y se da vuelta para sentarse frente a mí. Ya no usa lentes, por lo que no hay ninguna barrera entre el verde-azul de sus ojos y yo.

—Necesitamos hablar —dice.

—No tengo nada de qué hablar contigo.

— ¿Segura?

—Sí.

— ¿No quieres saber por qué me fui?

—No me interesa.

Sus facciones se contraen por un breve instante de algo que reconozco muy bien, dolor, pero rápidamente se recompone. Seguidamente se encoje de hombros.

—Bueno, a mí también me interesa una mierda que no quieras oír. No tienes otra opción. —Las comisuras de sus labios se curvan—. A menos que quieras nadar cien metros hasta la orilla, caso en el que te perseguiré y tendré de vuelta antes de que des tu primer chapoteo.

Mi seguridad de salir de esta inmune, cae en picado.

—No entiendo por qué haces esto.

Su expresión se suaviza.

—No quiero iniciar una mierda con cabos sueltos de por medio. —Junta su frente con la mía—. Si el destino te trajo a mí es porque se supone que hay planes para nosotros, Ellie. Aunque sea una amistad, de todos los lugares en el mundo, ¿por qué elegiste éste?

—Es territorio británico.

— ¿Y?

—Está escondido.

— ¿No hay otros sitios escondidos que pertenecieran a la Corona?

—Yo...

— ¿Qué hay de las Islas Caimán? ¿Las Vírgenes? ¿Pitcaim?

—Dean...

— ¿Santa Elena?

—Simplemente me sentí atraída por este lugar.

—Me permitiré a mí mismo creer que algo más, una fuerza que no podemos entender, te trajo a mí. —No lo pude evitar, gran parte del muro que construí alrededor de los escombros de mi corazón se derrumbó al escucharlo hablar así. Este era el Dean poeta que nadie más, salvo yo, conoció—. Es por respeto y agradecimiento a esa misma fuerza, que pretendo hacerlo tan bien como sea posible.

— ¿Qué cosa?

—Conseguir un puesto en tu vida, como tu amigo, conocido, lo que sea... Incluso estoy dispuesto

mantener una habitación con tu nombre para cuando quieras venir. —Dean se relamió los labios—. A pesar de cómo me comporté y las cosas que hice, no olvido que fuiste la única persona que se tomó la molestia de conocerme de verdad. Permíteme contarte mi versión de la historia, por favor. Déjame redimirme por cualquier daño que te haya podido causar.

—Está bien...

—Es lo único que consigo decir, un nudo oprime mi garganta. Él no ha negado haberse burlado de mí, haberme usado. Lo único bueno de esto, porque la única consecuencia en la que puedo pensar es en mí, desmoronándome por traer a colación fantasmas del pasado, es que quizás por fin pueda tener un cierre de Dean, de Liam, de Shaftesbury.

—Bien —Suelta un suspiro—. ¿Por dónde empiezo?

—¿Desde el principio?

—Claro.

—Con detalles —exijo.

—Por supuesto.

—Estoy escuchando.

Sus ojos brillan con un cóctel de emociones. Asiente.

—No sabes lo sorprendido que estaba cuando vi tu nombre en la lista de espera—. Se refiere al correo que envié solicitando una reservación. El sitio era tan bueno que había una gran fila para venir—. Aquí lo tengo todo Ellie, ésta, es la razón por la que me fui de Shaftesbury hace años. Me estaba ahogando alrededor de personas que hablaban de mí sin conocerme, que no se atrevían a acercarse para confirmar lo que escuchaban. Eso empeoró con la muerte de mis padres. —Cerró los ojos por un breve instante.

Por más dolida que estuviera con él, no pude evitar desear reconfortarlo. Nadie sabía lo mucho que le había afectado a Dean ser comparado con cualquier criatura de la oscuridad, rechazado, ni lo mucho que le destruyó perder a sus padres quiénes prácticamente, fueron sus únicos aliados. Nadie, a mi parecer, merecía soportar ese tipo de carga, pero yo tampoco había merecido lo que él hizo—. Pensé que no era mi hogar y salí en búsqueda de uno. —Sonrío con tristeza—. Y aún fuera, no supe identificar cuál era mi camino.

—La escuela de leyes —susurro.

Cuando solía escucharlo hablar de ella siempre intuí que no era algo que lo entusiasmará. Nunca comenté nada por miedo a estar equivocada, pero ahora pienso que debí haberlo hecho. Y a pesar de que siempre

lo he considerado el único culpable, no puedo evitar sentirme mal al saber que pude haber dicho o hecho cosas para hacerlo sentir mejor y no fue así.

—Exacto —Coge mi rostro entre sus manos—. Solo la terminé porque era lo que ellos habrían querido. No fue hasta que empecé a trabajar en un bufete que entendí que lo que realmente ellos habrían deseado era, que fuera feliz. —Rozó mis labios con sus dedos. Inhalé hondo—. Entonces escapé y terminé aquí, iniciando un negocio con mi herencia. No siempre fue tan fácil, al principio, tuve que luchar mucho para mantenerlo a flote, pero ahora tengo todo lo que se suponía que quería. Dinero, amigos y un sitio al que puedo llamar hogar.

—Estoy feliz por ti.

—Pero sigo sintiéndome vacío.

Arrugo la frente.

— ¿Por qué? Has demostrado que abandonar *Shaftesbury* valió la pena. Si lo que querías era una justificación apropiada, la tienes.

—No has escuchado bien.

— ¿Qué? Claro que sí —Veo el océano—. No es como si tuviera con qué distraerme. Es decir, la vista es bonita, pero cuando un psicópata te amenaza con hacerte nadar hasta la muerte si te vas, no te queda otra que oírlo.

Ríe, luego las comisuras de sus ojos se arrugan, producto de la exposición al sol, cuando sonrío.

—No te dije que fuera feliz, Ellie, no lo soy.

— ¿No?

—No.

— ¿Me estás queriendo decir..., que te marchaste por nada?

—No —Niega—. Te estoy queriendo decir que, a pesar de qué encontré comodidad, el único lugar en el que he sido feliz es aquí.

— ¿En medio de la nada sobre un *jet ski*?

—Contigo.

Y es lo último que dice antes de presionar sus labios contra los míos como aquella primera vez. Es dulce, sutil. La diferencia es que mientras antes fue hermoso, ahora solo tiene belleza desde un punto amargo por diferentes razones. Las principales son el hecho de que no puedo recordar la última vez que fui

besada con tanto tacto, la identidad de la persona que besé antes de Dean y el propio Dean. Estoy tan enfrascada en lo que esto significa para mí que ni siquiera le hago caso a la sensación de ser besada.

Cuando él se separa, me derrumbo. No sé si es producto de la emoción del día o de un todo, pero mi labio inferior empieza a temblar y las lágrimas empiezan a acumularse.

—Elizabeth...

—¿Por qué tenías que estar aquí?

—Lo siento, Ellie, no volveré a besarte a menos que me lo pidas. —Le creo, su tono hace que le crea, su lenguaje corporal, como mantiene sus hombros caídos en derrota, me obligan a hacerlo. Y no solo creo su promesa de que no volverá a besarme sí no se lo pido, que no pasará, sino que también crea cada palabra que dijo—. Perdóname, por favor.

Me limpio los labios. Luce desolado mientras lo hago.

—Solo no lo hagas de nuevo, ya no tengo sentimientos por ti.

Dean se echa hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

—Sé que no.

Más tarde esa noche, en cama, pienso en cómo manejaré la situación. Tras regresar de un tenso paseo por el mar y caminar un rato en silencio por la playa, los cuatro nos reunimos y fuimos a cenar a un restaurante cerca del *resort* que, “adivinen”, también le pertenecía a Dean. Tras ello, volvimos y cada quién se dirigió a su habitación. Allí fue cuando descubrí que solo Dean y yo estamos en el área exclusiva, donde ni siquiera Marco está, una por la que nunca pude haber pagado, por lo que me acompañó hasta la entrada. En el camino aceptó mis acusaciones de haber ordenado a su personal traer mis pertenencias a esta suite en lugar de a la que pagué, pero lamentó no poder deshacerlo debido a la temporada. Al parecer, todas las demás estaban llenas y ninguna se desocuparía en los próximos días.

La verdad es que aún no sé a qué juega. Dijo que quería mi perdón, ser amigos, resarcirse.

Pero tengo la leve sospecha de que no es lo único.



Quiero descansar del día anterior en el que ni siquiera, completamos la mitad del recorrido, así que me permito a mí misma tomar un día de pausa en el *resort* antes de seguir con mis aventuras alrededor de la isa. Comienzo levantándome a las once de la mañana. Me sorprende al no encontrarme con una imagen demacrada al otro lado del espejo. De parranda, pero solo por el hecho de que en casa no tendría la oportunidad de reponerme como aquí. A las seis abre el gimnasio y cierra a las doce, solo tengo domingos y martes libres. Ninguno de mis amigos, ni siquiera Margaret, salen de parranda esos días por lo que las únicas veces que he logrado salir son, con el coste de ir a trabajar directamente del *pub* a base de cafeína, maquillaje y una linda sonrisa que desvíe la atención de mí mirada ausente.

Me arreglé con una falda larga alta y un traje de baño entero por debajo. Usé un sombrero de paja sobre mi cabeza para evitar que mis mejillas se sonrojaran más por él sol y me unté con bloqueador. Llevé sandalias en vez de chanclas y mi bolso con una muda por si decidía pasarme por el *spa* o entrar un rato al mar. Ya era demasiado tarde para el desayuno, así que me dirigí a un bar al aire libre en la playa y pedí una hamburguesa. Este viaje me costaría los diez kilos que adelgacé antes de venir.

— ¡Miren a quién tenemos aquí!

Dejo de sorber mi limonada y sonrío al sujeto sentado junto a mí. Está usando bermudas y una camisa blanca de manga corta. Se ve bien, parece un madurito *sexy* salido de una propaganda.

—*Sugar Daddy*.

Sus mejillas cobran color y casi se ahoga con su Coca-Cola — ¿Podrías dejar de llamarme así? —Niego. Ríe—. Vamos, seguramente no soy tan mayor, además, no busco financiarte de por vida a cambio de amor ni nada por el estilo.

—El amor de una *Sugar Baby* no es fingido, amamos el dinero.

Sus ojos se abren como platos.

—No jodas, ¿eres así?

—No —Le doy un mordisco a mi hamburguesa—. Solo bromeo.

Sus hombros caen con alivio, pero reconozco algo de decepción en su mirada. Hombres..., lástima, seguro pensó que lo tendría fácil.

—No estoy tan seguro de eso.

Elevo una ceja. —Puedo pagar por tu bebida para probar.

Sugar Daddy se rasca la barbilla. — ¿Segura qué puedes con la factura por ti misma?

Le doy otro mordisco a mi hamburguesa.

—Al cien por cien.

—Estoy bien con eso. —Se echa hacia atrás en su butaca, revelando una cámara que había permanecido oculta con su torso al estar encorvado sobre el mostrador como yo—. Soy fotógrafo.

—Eso pensé... —Muerde su labio.

— ¿Casualmente eres modelo?

—No —Suelto una leve carcajada—. Soy administradora de un gimnasio en Londres. Me estoy tomando unas merecidas vacaciones.

—Sus párpados se abren— ¿De la rutina?

—De la vida en general.

— ¿Quieres hablar sobre eso?

—No hace falta. —Responde una voz a nuestras espaldas.

Ambos nos damos la vuelta para ver de quién se trata. Es Dean, está ahora frente a nosotros con los brazos cruzados a la altura de su pecho y no hay una buena mirada en su cara.

—Hola —digo para aliviar la evidente tensión que provino de la nada.

Asiente en mi dirección, sus ojos clavados en *Sugar Daddy*.

—Paolo —grazna.

—Dean.

— ¿Qué haces aquí?

—Llevo una semana quedándome en tu *resort*. —Se encoje de hombros—. Supongo que tu personal no te lo informó.

—No lo hizo, de lo contrario...

—No me habrías dejado pasar. Lo sé. —Se levanta, suelta un billete de cien libras sobre la mesa, lo que hace que la manzana de Adán de Dean, se mueva y mi ceño se frunza. Eso es más de lo que consumimos juntos y se suponía que yo pagaría—. Hasta luego encanto, me gustaría fotografiarte en algún momento —suelta y tras decirle a la mesera que se guarde el cambio y se cobre todo de allí, se va.

— ¿De qué lo conoces? —Gruñe Dean tomando su sitio.

— Pongo los ojos en blanco—. De la isla.

—Aléjate de él.

—Junto las cejas— ¿Por qué?

—No me gusta cómo te mira.

— ¿Y eso es?

—Como solo yo puedo —dice y dejándome con la palabra en la boca, también se marcha.

La barman tras la barra y yo compartimos una mirada.

— ¿Has entendido qué acaba de pasar?

La chica, una rubia de ojos azules a mediados de sus treinta y que usa un lindo delantal rojo con la insignia del resort, limpia su vaso mientras aguanta la risa. Yo estoy perpleja. Siento como si estuviera en un campo de batalla entre dos bandos que no conozco. Le pido que me prepare una piña colada para pasar el rato.

—Si te conociera un poco más diría que esos dos están peleados y te acabas de convertir en una batalla.

—Me guiña—. El que te tenga, gana.

—No soy un premio.

—Por supuesto que no —dice—. Eres mucho más que eso.

— ¿Qué?

—Serías el símbolo de que uno es mucho mejor que el otro.

—Pienso...

—Instinto natural, afirma.

—Chica lista. — ¿Con quién te quedarías tú? —Le pregunto por curiosidad.

Sus ojos brillan. —Con el jefe, definitivamente.

Río. No me parece extraño que las empleadas de Dean tengan un flechazo con él. Es encantador y *sexy* como el infierno y tener que verlo todos los días causa un cortocircuito interno. He estado en sus zapatos.

A mediados de la tarde, me acerco a la playa porque pienso que me relajaré más aquí que en el *spa*. A medida que transcurren los minutos, veo que estoy en lo correcto. No hay nada como un buen libro con el fondo de una espectacular playa, escuchando *Not Afraid Anymore* de *Halsey*, bajo una sombrilla para no terminar de quemar mi piel. Estoy tan concentrada en la novela histórica que estoy leyendo, que no me doy cuenta cuando alguien se planta al lado de mí hasta que su sombra me ha cubierto por entero. Es un chico de servicio del hotel, el encargado de las toallas en la piscina.

—Señorita, un hombre me pidió que le diera esto —dice entregándome un sobre.

Lo acepto esperando que no sea una carta bomba.

¿Dean?

— ¿Puedes decirme de quién es? —Pregunto, lo que por supuesto, niega con vehemencia—. Gracias.

—De nada.

Se inclina, relajándose porque no he hecho un interrogatorio, y se aleja. No lo pierdo de vista hasta que desaparece arrastrando un carrito en el interior de la lavandería. Tenía la esperanza de que su enviado lo interceptara.

Para abrirlo me tomo unos segundos de meditación. Eventualmente la curiosidad gana. Dentro descubro un trozo de cartulina con una letra sorprendentemente hermosa, casi irreal, de detalles antiguos. Paso el dedo por encima sin creer que no sea de otra forma, pero sí, es a mano.

Dice:

Si estás lista para tener un descanso, acércate hoy, en hora y media, a la entrada. Sé tan linda como siempre.

Esta vez pienso capturarte.

P.D: *Sugar Daddy.*

No sé por qué razón lo hago, pero sonrío y asiento. Supongo que en el fondo sé qué está allí, en algún

sitio, mirando.

A las cinco y veinticinco, cinco minutos antes, estoy lista en la entrada. Llevo uno de mis vestidos favoritos: blanco hasta los tobillos con encaje en la parte superior, similar a un corsé por su delicadeza, que posee dos tiras en lugar de mangas. Mi cabello está suelto hasta la espalda baja y he hecho resaltar mis ojos con un tutorial de maquillaje que busca darte la apariencia de muñeca de porcelana.

A la cinco y media aparece.

Sugar Daddy, sale de la recepción sosteniendo su cámara contra sí. Está usando la misma ropa con la que lo vi al mediodía. Al verme, sus labios se curvan en una sonrisa demasiado ancha.

—Estás preciosa. No sé si sería correcto salir.

— ¿Por qué? —Le doy dos besos— ¿Qué pasa?

—Incluso a un hombre con los mejores valores y principios se haría difícil mantener sus manos alejadas.

—Me señala un deportivo estacionado al principio de la fila—. Ven, vayamos a cenar a un lugar donde no tenga que cabrearme con el dueño como postre.

— ¿De qué conoces a Dean? —Pregunto cuando estamos en camino. Hemos tomado la misma carretera que Edward, el chofer que me trajo el primer día— Noté una conexión entre ustedes.

Paolo suelta una carcajada que logro identificar como amarga.

—La hay —Me mira—. Pero no es nada de lo que estás pensando. Ya no somos niños peleando por una pelota que alguno de los dos vio primero y el otro está dispuesto a mentir, ultrajar y joder para conseguirla —Me enseña sus perfectos dientes—. Hemos evolucionado mucho desde entonces.

—Ni siquiera sabía que estuviera pensando algo.

Ríe otra vez.

—Bien. Creo que eres lo suficiente madura para entenderlo —Le sube volumen a la música—. Dean y yo fuimos enemigos por un tiempo, pero ahora estamos del mismo bando con el objetivo de ir contra algo mayor.

— ¿Y eso es?

—Quizás preferirías que esa parte de la historia te la explique él.

Me sonrojo.

— ¿Por qué? Si te tengo a ti.

—Porque, cariño, ni siquiera yo soy tan suicida o estúpido para ir en contra de la forma en la que te mira.

No digo más, no pregunto más, todos están equivocados con eso. Mamá solía decir lo mismo y Dean no dudó al momento de abandonarme. Ahora conocía sus motivos y lo entendía y lo perdonaba siempre y cuando fueran ciertos, aunque no había terminado de explicarme por qué, me dejó en evidencia en la escuela, lo que solo asocio de momento a inmadurez, él ni siquiera me preguntó si me hubiera gustado ir con él.

Y, preguntándomelo a mí misma, ¿cómo podría haberlo hecho?

Era una niña, tenía quince y estaba enamorada. Mamá nunca me habría dejado ir detrás de él. A papá le hubiera dado un infarto la noticia de que su pequeña hija, su princesita, abandonaba el colegio por ir detrás de un chico. Yo nunca podría haber abandonado mi casa de esa forma. Tampoco creo en las relaciones a distancia.

De una forma u otra, lo nuestro estuvo destinado a acabar.

El restaurante es japonés. No soy aficionada del *sushi*, pero puedo procesarlo sin problemas. Pido camarones y langostinos Paolo, escoge rollos *California* y otras cosas raras cuyo nombre no entiendo, pero es mucha comida para una sola persona. Entiendo el por qué cuando me ofrece sus palitos chinos con una masa rara entre ellos, niego.

No, gracias.

—Insisto.

—Mi estómago es delicado.

—Tú te lo pierdes. —Se lo lleva a la boca—. Supongo que no te puedo convencer de probar lo demás.

—Lo siento.

—No te preocupes, lo pediré para llevar. A Dean, le gustará.

Mi expresión debió dejarle muy claros mis sentimientos. Ríe.

—Es broma.

—Supongo que ustedes han pasado mucho tiempo de calidad juntos si estás al tanto de sus gustos.

—Algo así —Su rostro se vuelve serio—. En realidad, me sentiría más cómodo si hay partes de la historia que te las cuenta él. Aunque ahora estamos trabajando juntos, quedan asperezas y no quiero sumar “soplón” a las millones de razones por las que me odia —Toma un trago de su cerveza alemana—. Y por haber arruinado su reputación de oro a los ojos de su chica.

—Lo haré —No estoy segura de eso, tampoco entiendo por qué habla como si Dean y yo tuviéramos algo—. ¿Una respuesta más?

Suspira.

—No sé si sea correcto.

—Por favor, prometo que será la última.

Lo medita por un momento.

—Está bien. A la verga, después de todo Dean, fue el que nos dejó en evidencia con su actitud neandertal en el bar. Un poco más de información sobre nuestra historia no te hará daño.

—Gracias —Sonríe—. Dijiste que ya no eran los niños que discutían por quién vio primero la pelota en el parque —Afirma con el ceño fruncido—. ¿Quién realmente lo hizo? ¿Quién mintió?

—Esas son dos preguntas.

—Por favor... —Insisto.

—No puedo, lo siento —Niega con severidad—. Temo que las respuestas a todo eso no solo arrastrarán a Dean por el piso. A mí también —La sonrisa vuelve a su rostro—. ¿Por qué dañar el presente con errores del pasado? Lo importante es cómo actuamos ahora. Que lo hagamos bien esta vez.

Tenso mi mandíbula.

—Siento que entré en un juego que no conozco —Alzo el mentón sin apartar ni un centímetro mi mirada de la suya—. Por eso quiero saber, Paolo. Quiero entender cuál fue mi papel aquí.

—Cariño... —Susurra con lástima— Siempre has estado dentro.

Después de cenar y de nuestra incómoda charla, terminamos nuestra salida dando un paseo por la playa en el que le permito fotografiarme. No hablamos más del tema. Y no lo voy a negar, las fotos fueron buenas.

Realmente logró capturar lo que sea que buscaba. Me veo pensativa, nostálgica y ausente en unas, en otras parezco una mujer peligrosa y seductora que no le teme absolutamente a nada. Me las enseña en la pantalla de su cámara profesional cuando le permito entrar en mi habitación, que es algo que pensé mucho para hacer en vista de la actitud misteriosa que lo envuelve a él, siempre mirándome y a Dean, moviendo sus hilos para tenerme justo donde quiere. Si los dos se han aliado para volverme loca, eso es justo lo que están consiguiendo.

—Adiós, *Sugar Daddy* —le digo cuando se hace tarde y no nos queda de otra que terminar la velada. La estaba pasando bien escuchando sobre sus temas de música favoritos y los conciertos a los que ha asistido como fotógrafo, pero realmente estaba agotada—. Dulces sueños.

Ríe y besa mi mejilla.

—Adiós, *Sugar Baby*, no te metas en demasiados problemas.

—No lo haré.

—Niña buena.

Lo observo irse. No es hasta que ha desaparecido que entro en mi *suite* de lujo y me lanzo en mi cama espléndida. Juego con los hilos de mi sábana de opulencia preguntándome cuánto tiempo hubiera tenido que ahorrar si Dean no me hubiera convertido en su método para limpiar su consciencia.

Probablemente años. Cuando estoy a punto de quedarme dormida, ruedo y me fuerzo a salir de la cama para quitarme el vestido. El único motivo por el que lo hago es porque lo amo y se destrozaría si duermo con él.

Escojo un *babydoll* de las cosas que traje de Londres. Ni siquiera sé por qué lo tomé, pero no me arrepentía. Si hay un momento perfecto para usarlo es ahora, la sesión con Paolo, sin mal pensar, me hizo sentir traviesa y juguetona. No tengo ningún interés amoroso en él, aunque debo admitir que es guapísimo, pero verme en esas imágenes fue como abrirme los ojos. Nunca me pidió que actuara de otra forma más que siendo yo misma mientras paseábamos y como él decía, me capturaba, así terminé siendo más consciente de mí misma. Me hizo entender que nunca tuve culpa de los arranques de celos de Liam y que él, que me dijera que eran cosas que yo buscaba, la atención de otras, era basura. Simplemente soy quién

soy, lo que hagan los demás sobre eso, si les gusto o no, es su problema, no el mío.

Y afortunadamente no más el de Liam.

Supongo que estoy acostumbrada a las ojeras tras una noche.



Me fuerzo a mí

misma a despertar de nuevo cuando un golpeteo insistente en mi puerta me obliga a hacerlo. Recordando que he decidido jugar a la conejita *Playboy* antes de ir a la cama, envuelvo mi cuerpo con la cobija para ir a abrir pensando que se trata del servicio. Las persianas son buenas y no he sido capaz de acertar ni una vez la hora cuando están cerradas, así que no tengo ni idea del espacio y tiempo que transcurre fuera de mi suite.

Me asomo como caricatura con la frente arrugada.

— ¿Quién es?

—Ellie.

Los vellos de mis brazos se erizan. Giro mi cabeza ciento ochenta grados y encuentro a Dean apoyado en la pared junto a mí. Está usando un traje a pesar del calor que hace fuera de aquí. Supongo que estaba en su oficina o algo por el estilo, de otra forma no habría sobrevivido a la temperatura.

—Dean, ¿qué haces aquí? ¿Tienes idea de la hora qué es? —Pregunto a pesar del hecho de que yo tampoco sé qué hora es.

—Sí, lo sé.

Se mete en mi habitación, me empuja con suavidad y cierra la puerta con su cuerpo. Doy gracias a Dios por haber encendido la luz del baño antes de abrir. Al menos así puedo ver su rostro, no importa que lo que vea en él no me guste o, al contrario, me encante.

Hay frustración y deseo puro en él.

—Dean...

—No digas mi nombre así, por favor. Me mata —Se mueve hasta que puede sostener mi rostro entre sus manos—. Son las dos de la mañana, Ellie. Son las jodidas dos de la mañana y no puedo dormir, trabajar o respirar pensando que otro podría tenerte —De nuevo hace lo de juntar nuestras frentes—. No puedo pasar por eso otra vez. De verdad pensé intentar la mierda de la amistad, pero no puedo. Es mil veces

más fuerte que yo.

Separo los labios para replicar, pero aprovecha la situación e introduce su lengua dentro de mi boca con un hambre contagiosa. Mi primer pensamiento es luchar. Luego de probarlo, luego de sentirlo de nuevo, luego de verlo, de escuchar sus explicaciones, luego de intuir que una pieza latente de mi corazón sigue con él. Sin embargo, no entiendo cómo no pude arrojarme a sus brazos apenas lo vi. No importa si no es correspondido, solo sé que necesito tenerlo.

Tan triste como suene, sigo enamorada de Dean. Liam solo fue un espejismo.

Enrollo mis dedos en su cabello y me presto para que me alce y así envolver mis piernas alrededor de su cintura. Escucho cómo de su garganta salen sonidos guturales que son los que me matan a mí. Siempre fue tan primitivo, inexpresivo, con los demás, pero conmigo..., conmigo era especial.

—Amor... —Me acuesta en la cama. Mi cobija se ha quedado en algún sitio del suelo, así que puede ver mi cuerpo entero, a excepción de mi sexo, debido a la transparencia de mi *babydoll* rosado. Tampoco llevo *bra*— ¿A quién planeabas matar hoy?

Juego con mi pie en su abdomen. Disfruto viendo cómo gime.

—No lo sé, solo pensé que me vería bonita.

—Todo el maldito tiempo te ves bonita —Toma mi pie y me hala hacia el borde de la cama y lo besa antes de arrodillarse—. Dime en quién pensabas cuando decidiste ponértelo.

—Dean...

—Dímelo Ellie, o lo sacaré de ti de alguna maldita manera.

—Yo...

—Tú lo quisiste así.

Chillo cuando sus manos rompen mis bragas en el centro y desliza la tela expuesta por mis piernas con ágiles movimientos. Mi cuerpo se estremece de pies a cabeza al sentir su aliento segundos después chocar contra mi pubis. Jadeo al alzar la vista y verlo inspeccionando la zona con mirada devoradora, echándome hacia atrás al sentir el primer lametón.

—Eres tan deliciosa... —Ronronea— No sabes cuánto tiempo llevo queriendo probarte. —Hace cosquillas en el interior de mis muslos con su barba de tres días. Lloriqueo esperando más del placer que su lengua me dio con una simple lamida— ¿Quieres saber desde cuándo? —Asiento, aunque en estos momentos es lo que menos me importa, sospecho que Dean quiere decírmelo—. No te voy a mentir, no te presté atención hasta que te vi inocente y sonrosada en la casa de mis padres —Siento su aliento más

abajo—. Después, no podía parar de pensar en ti. Se me ponía dura cada jodida vez que te veía mirándonos desde tu ventana.

—Te miraba a ti.

Eso hace que se tense.

—Claro que sí —Besa mi vientre—. Y ahora tendrás lo que siempre hemos querido que sucediera, ¿no, bebé?

—Oh, sí —sollozo llevando mis manos de vuelta a su cabello y empujándolo contra mi sexo.

Dean inicia, me da el mejor sexo oral de mi vida. Mete su lengua en mí mientras sus dedos acarician mi clítoris con maestría. Me retuerzo como si estuviera siendo exorcizada. ¡Maldición! Pensándolo así, siendo la primera vez que permito que alguien me toque desde hace un año, quizás sí. Probablemente me está liberando de la influencia que su hermano gemelo, un demonio en toda la extensión de su palabra, tuvo en mí.

Pierdo la cuenta de las veces que grito su nombre mientras permanece entre mis piernas. También de la cantidad de ocasiones en las que retuerzo mis dedos debido al fuego que se está creando y, simultáneamente, consumiéndome desde dentro. Siento la sonrisa de Dean contra mi piel cuando termino por tercera vez y deposita un casto, en comparación con lo que acabamos de hacer, beso en mi rodilla antes de cernirse sobre mí y posar sus labios contra los míos. Abro mi boca para él y a diferencia de las otras veces en las que nos hemos besado, meto mi lengua en él tanto como él lo hace con la suya en mí.

Debería sentirme avergonzada. Debería separarlo. Debería pedirle que se vaya. Debería decir basta. Pero no puedo ni quiero.

—Si no me detengo ahora... —dice con voz ronca y afectada—. Me temo que no podré parar.

Esto es demasiado. Eso me enciende más.

Me dice que no soy la única de los dos derritiéndose. Tomo el cuello de su camisa y lo acerco de nuevo. Con mis labios contra los suyos, susurro:

— ¿Quién te ha pedido que te detengas?

Dean tiembla, asiente desenfrenadamente mientras lucha con su camisa y pantalones. Su chaleco se perdió en algún punto entre su llegada y el momento actual. Lo ayudo lo más que puedo sin dejar de disfrutar de la visión de su cuerpo desnudo a la luz de las lámparas que adornan cada extremo de mi cama. No son potentes, pero sí lo suficientemente brillantes como para alumbrar su silueta y permitirme embriagarme con su belleza de adonis. Dean también se encarga de retirar suavemente el pequeño trozo de seda, mi camisón, que nos separaba. Mi corazón late fuertemente cuando se separa para tener un

vistazo breve de mis pechos. Su mirada grita admiración. Los besa con delicadeza y decido que ese es el momento justo para llorar.

Pequeñas lágrimas saladas pasean por encima de mis mejillas mientras contorneo con mis dedos la forma de sus abdominales, brazos y muslos. Mi cuerpo tiembla cuando el suyo se presiona contra él, llenándolo de calor, haciéndose espacio entre mis piernas. Sé que el momento ha llegado cuando separa su pelvis hacia atrás y mete una mano entre el espacio que crea, guiándose a sí mismo dentro de mí. La tensión de tenerlo ahí, dentro, tan grande y duro, se desvanece a medida que se mueve. Lo disfruto. Estoy tan húmeda.

Primero es suave y delicado, luego se vuelve más duro, pero nunca llega a ser rápido o agresivo. Enredo mis tobillos entre sí por encima de su prieto trasero. Nuestras lenguas bailan entre sí. Mis dedos están entrelazados con los suyos.

A lo que a muchos solo les podría parecer una escena candente, para mí, estar en una prisión de carne, sudor y hueso, es lo más excitante que he hecho. Estoy al borde de lo que sería mi cuarto, seguramente más potente que los otros orgasmos. Dean deja de besarme y se va hacia un sitio en mi cuello que me hace ronronear de forma extraña.

—Vente conmigo, nena—gruñe junto a mi oído como si esa orden pudiera hacerme venir de manera instantánea, pero para sorpresa propia, lo hago.

Y lo vuelvo hacer cuando siento su semilla derramarse dentro de mí. Lleno de sudor, una mezcla del suyo y el mío, se deja caer a mi lado y seguidamente me hace colocar una pierna por encima de las suyas y mi brazo sobre su estómago. Él pasa uno de los suyos por mi cintura de tal forma, que puede estrecharme todo lo que quiera contra él. Completamente agotada, cierro los ojos y duermo sin interrupciones.

Lo que hace que separe mis párpados por la mañana es el movimiento junto a mí. Intento despertar, pero dos dedos son presionados contra mis ojos para impedir que se abran por completo. Empiezo a hiperventilar, recordando todo lo que aprendí en clases de defensa personal, y justo cuando estoy a punto de hacer una patada voladora, siento los labios de Dean presionándose contra los míos y recuerdo todo lo que pasó.

Su lengua. Su cuerpo. El mío. Jadeo...

—Buenos días— susurra una vez se ha hecho a un lado y puedo ver. Parpadeo varias veces para ajustar

mi visión a la luz que entra por las persianas—. Duermes mucho, me desperté hace dos horas.

— ¿Por qué no has ido a trabajar?

—No quiero ser el típico idiota que desaparece a la mañana siguiente o que no puede soportar el impacto de lo que hizo —Se encoje de hombros—. Además, soy el jefe, puedo tomarme un descanso cuando quiera. Es lo bueno de establecer tu propio horario.

Me acuesto boca abajo y me cubro con la sábana. Dar vueltas es parte del ritual.

—Bueno.

—También quería que desayunáramos juntos, pero creo que terminará convirtiéndose en un almuerzo.

—Bueno —repito comenzando a ser consciente de las zonas doloridas de mi cuerpo.

—Ellie... —Advierte.

—Bueno.

Mi culo es castigado con un azote. Me descubro de la sábana para atacar de vuelta tras haber soltado un gritito indignado, pero para entonces Dean, se ha levantado y va corriendo al baño. Luce tan hermoso como siempre, su cabello despeinado me enamora.

— ¡Me daré una ducha! ¡Salimos en quince!

— ¡Bueno!

— ¡Te estás ganando unos azotes!

Suelto una risita envolviéndome como un gusano.

— ¡Bueno!

Lo escucho reír también dentro del agua. Es un sonido tan hermoso que hace que ocurran milagros. En lugar de ser una perezosa hasta la muerte, me descubro de la sábana y salgo de la cama. No tengo nada que quitarme, así que camino de puntitas hasta la ducha esperando sorprenderlo. Lamentablemente Dean es la persona más atenta que conozco y cuando llego ya me está esperando bombeando su polla con la mano, su frente recostada parcialmente contra la pared de baldosas, el agua cayendo por su cuerpo y sus ojos en mí todo el tiempo.

—Tardaste mucho.

—No recibí una invitación —Doy un paso dentro. El agua caliente me relaja instantáneamente, pero aún así un gemido escapa de mis labios. Froto mis doloridos pezones mientras me aseguro de darle mi mirada

más coqueta por debajo de mis pestañas— ¡Mmm! Se siente tan bien...

—Maldición —dice antes de abalanzarse sobre mí.

Esta vez es duro. Fuerte. Rápido. Nos sirve para echar a un lado, momentáneamente, la presión del ayer. Mis piernas de nuevo se enredan en su cintura, él en mí, mientras que sus manos sostienen y aprietan mi trasero de una forma que estoy segura dejará marcas. Tendré que maquillar con productos a prueba de agua si quiero seguir usando bikinis sin que las personas me miren raro.

Y no me molesta. Lo único que me importa en este instante es que Dean volvió a mí, al lugar del cual nunca debería haberse ido y que tengo la oportunidad de cumplir cualquier tipo de venganza en su contra o perdonarlo y seguir adelante, ambos como un cierre y de olvidar de una vez por todas a Liam borrando el miedo que infundió en mí.



Dean me lleva a la playa. Mi ceño se frunce cuando pasamos de largo el bar, el restaurante y varias oportunidades para obtener algo que comer. Sigo sin entender por qué no pedimos servicio a la habitación como hacen muchos, pero esto ya es demasiado extraño. Halo su mano hacia mí cuando pasamos las butacas en la orilla, fuera de los límites del *resort*, y veo que pretende alejarnos de la sociedad.

—Dean, ¿a dónde me llevas?

—Desayunaremos.

—Creí que los restaurantes estaban por allá —digo señalando el *resort*. Se detiene, me besa. Me pongo de puntitas para hacer lo mismo. Sus labios se curvan en una sonrisa—. ¿O tienes planeado hacer un *picnic* sobre la arena?

Frota su pulgar contra mi mejilla.

—Eres tan lista.

—Mi promedio fue sobresaliente en la universidad.

—No lo dudo. —Lleva el dorso de mi mano a su boca. Me estremezco ante la cálida sensación—. ¿Confías en mí, Ellie?

—No sería lista si lo fuera.

Ríe.

—No te quitaré la razón a eso —Me da otro beso—. Probemos de nuevo. ¿Confías en mí cuando te digo que no te haré daño?

Pienso en nuestra historia. En lo que hizo antes de irse, en el vacío que sentí cuando se marchó.

—No sé si... —Sus ojos brillan con dolor— Sí, confío en ti.

La tensión de sus músculos se relaja.

—Gracias —Se da la vuelta y se posiciona frente a mí. No entiendo lo que quiere hasta que gira la

cabeza y me lo dice—. Móntate, falta poco. Si crees que he ido demasiado lejos, solo hala mi cabello y cambiaré de dirección.

—Estás loco —río haciendo lo que pide.

Por suerte he seleccionado un pantalón de bermuda y una sencilla camiseta negra, de nuevo el sombrero de paja, en lugar de cualquier vestido que pueda revelarle a la nada mis encantos. Debajo tengo un traje de baño que no sé si debería usar debido a las marcas que Dean pudo dejar en mí.

Mi boca se abre en una “O” cuando efectivamente, entramos a la cueva. Lo hace aún más cuando descubro una manta en el suelo llena de todo lo que una chica podría desear: nutella, panqueques, tortitas, ensalada de fruta, yogurt..., y mucho, mucho más. Sin poderlo evitar, salto a sus brazos cuando me deposita en el suelo y ataco sus labios.

—No sé por qué lo haces, pero gracias.

—Lo hago porque te quiero conmigo. —Besa mis labios—. No soporto la idea de ti alejándote de nuevo y mucho menos la de ti, con alguien más. Olvida parte de la mierda que te dije ayer, no quiero ser tu amigo, quiero que jodidamente me ames como yo.

—Dean...

De nuevo presiona su frente contra la mía. —Estoy dispuesto a enamorarte de nuevo, si es necesario.

— ¿Y qué hacemos con todo lo que está atrás de nosotros? —Pregunto— No me has terminado de explicar muchas cosas.

— ¿A qué te refieres?

—Quiero saber qué hay con Paolo, por qué me persigue, por qué te tomaste tantas molestias para traerme hasta aquí cuando no te acercaste en todos estos años. Nunca me dijiste por qué publicaste todas las cosas que te dije, nuestras notas, mis fotos. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. Confíe en ti justo como ahora me estás pidiendo que lo haga y me decepcionaste.

—Ellie... —Cierra los ojos como si estuviera sufriendo algún tipo de dolor—. Lo siento por todo lo que tuviste que pasar. No sabes cuánto. —Besa mi frente—. Prometo explicártelo todo, pero..., al menos dame un día para hacerte saber cuánto te quiero, amor. Solo un día, luego sabrás la verdad.

Lo medito...

No tengo nada que perder, pero sí algo muy importante que ganar si por fin, descubro la verdad. Le dejaría de dar vueltas en mi cabeza y podría dormir en paz. Lograría empezar una vida sin la influencia de los hermanos Jones de por medio.

O podría personar y vislumbrar un futuro con Dean.

—Está bien.

Sonríe en medio del dolor que deforma sus facciones.

—Gracias, no te arrepentirás.

Sonrío mientras tomo su mano y dejo que me guíe. —Espero no hacerlo...

Desayunar nos toma dos horas. No tanto por la comida, sino por lo que hacemos con ella comiéndola, literalmente hablando, de nuestros cuerpos. Me retuerzo sobre la arena mientras Dean usa sus labios sobre mí. Me hace llegar varias veces con sus dedos, sin quitarme el pantalón, solo la parte superior del bikini y la camisa. Calor inunda mi centro cuando lo observo lamiéndoselos. En venganza, hago lo mismo untando su polla con nutella, lo que hace que agite sus caderas como loco y enrede sus dedos en mi cabello, despeinándome, justo como hice con él.

Las ansias nos dominan. Es como si hubiera un abismo en nuestro interior que solo el otro pudiera llenar. Entonces tomamos y tomamos, a la vez dando, desenfrenadamente. Es la primera vez desde que se fue que me siento de tal manera. Liam siempre me traspasó sus deseos, pero nunca tuve iniciativa por mí misma como ahora. Quiero tocarlo. Quiero besarlo. Quiero atarlo a mi cama y demostrarle por qué no puede dejarme de nuevo o, en su defecto, olvidarme.

Mis pechos también son parte del juego. Los embarra en mermelada. Nunca pensé que fueran tan sensibles hasta hoy, como seguramente él pensó cuando hice lo mismo con sus pezones. Los muerdo y lamo de las mil maneras que se me ocurren. Lo masturbo con mi mano mientras lo hago. Él hace lo mismo metiendo dos de sus dedos en mí, manteniéndonos juntos, haciéndome chillar. Agradezco estar alejada de la sociedad. Esto, podría considerarse sexo al aire libre. Cuando terminamos estamos saciados de dos diferentes formas.

Y me siento más viva que nunca.

— ¿Qué haremos ahora? —Le pregunto en el muelle del *resort*.

A mi mente vienen paseos en yate. Quiero tanto volver a estar allí, ahora que sé que es de Dean me encantaría explorar cada uno de sus rincones. Aunque aún no seamos nada, creo que me dejaría.

—Daremos un paseo. —Me entrega un salvavidas que saca de una caseta al final, cosa que no sucedió cuando fuimos a hacer *snorkel*. Los chicos que trabajan allí me saludan. Junto las cejas. Dean, al ver mi gesto, despeina mi cabello y empuja mis manos para ser quién termine de atarlo. Él no está usando uno—. Me encantaría navegar contigo por horas, quizás llegar a otro país. Días, era mi idea en primer lugar.

— ¿Qué pasó con eso?

—No creí que estuvieras cómoda con eso.

—Oh...

Mis intentos por esconder la desilusión en mi voz parecen no funcionar. Dean ladea la cabeza como si no entendiera, pero luego sus manos hacen lo que tanto le gusta de ahuecar mi rostro en ellas y besa mis labios con suma suavidad.

— ¿Lo habrías estado?

Muerdo mi labio.

—Podría haber hecho una tregua contigo. —Se me ocurre tener mi gesto especial con él, llevo mis manos a su nariz y la delinear con mi dedo índice mientras me pierdo en sus ojos azules verdosos—. Y Charles nos habría acompañado, ¿no?

Ríe.

—Sí.

—Podríamos haber invitado a Marco también.

Gruñe.

—De ninguna jodida manera ese ladrón habría entrado a mi yate una vez más. Ha acabado con todas mis provisiones él solo. —Me suelta y ofrece su mano de nuevo. La tomo—. Ven, veamos nuestra sorpresa.

Suspiro, resignada a dejar pasar la oportunidad de viajar por el Caribe en un yate de un millón de libras esterlinas.

—Está bien.

Dean me guía hasta el final del muelle. En su otra mano carga con una cesta que pensé era de adorno hasta que escavé en ella, preguntándome por qué era tan pesada si en nuestro *picnic* todo había estado en ella, y descubrí un montón de *sándwiches*, agua y jugos de cartón. Mis rodillas tiemblan entre el miedo y la emoción, cuando nos detenemos frente a un pequeño velero de vela blanca, bote de madera y grabado dorado y Dean, arroja la cesta en él. Parece sacado de la edad media, pero es tan hermoso. Todo en él es manual.

Dean aprieta mi mano.

— ¿Puedes leer lo que dice en su costado?

—Sí. —Me alejo para tener una mejor visión—. Eli..., za.

—Eliza.

— ¿Quién es Eliza?

Dean pone el rostro en blanco.

— ¿Es en serio?

— ¿Qué?

Tengo una leve sospecha de a qué se refiere.

No quiero hacerme ilusiones, sin embargo.

—Eliza... beth, ¿lo captas?

Él habla del montón de diminutivos que tiene mi nombre. Asiento y permito que me ayude a montarme, prácticamente cargándome dentro él mismo y repaso con mis dedos el borde de la sencilla nave hasta que entra también. Todo se tambalea cuando lo hace. Ocupo asiento donde me señala, al final, junto a una vara cuya función no entiendo.

— ¿Cuándo compraste esto?

—Fue lo primero que adquirí cuando llegué a la isla.

— ¿Antes que el *resort*?

—Mucho antes —dice desamarrando el bote del muelle—. Solía salir con él a navegar cada día mientras no hallaba qué hacer aquí. Así conocí a Charles, era piloto de una lancha pesquera.

— ¿Aún sales a navegar?

—Al menos una vez a la semana. Me ayuda a despejar la mente —Me pasa un remo y se coloca en

medio. Su camisa, una sencilla pieza blanca, se va cuando empieza a remar con ambos brazos. Yo intento ayudar, pero me rindo al darme cuenta de que lo único que nos mueve es él—. Es diferente a solo rodar un timón.

—Cuando lo compraste... —Trago el nudo oprimiendo mi garganta— ¿Le grabaste mi nombre porque significaba algo para ti entonces?

—No, Ellie —dice—. Lo compré grabado porque era lo único que llamaba mi atención, este es su estado original. Simplemente le he hecho algunas pequeñas restauraciones, pero así estaba cuando lo compré.

— ¿Por qué harías algo como eso?

—Te lo dije ya, eres la única persona con la que alguna vez me he sentido feliz. Quería tener eso de nuevo y, si no era eso, al menos el recuerdo. Y, tan marica como suene, siempre he pensado que me llevaría a ti. No creo en las coincidencias, en el destino sí, pero nada pasa al azar.

De repente se levanta y se sienta a mi lado. El bote no se hunde o muestra señales de desequilibrio. Ya estamos muy lejos de la playa y es la corriente la que nos lleva. La vela suena al chocar contra el viento. Estoy de acuerdo con él con lo que dijo. Nada pasa al azar. Por su culpa estoy aquí. La pregunta es hasta qué punto tuvo que ver en mi decisión sobre venir. ¿También sobornó a la chica que me atendió en la agencia de viajes en Londres? ¿Convenció al gimnasio de darme el permiso para venir? ¿Habló con Margaret para que metiera la idea en mi mente? No lo sé, pero teniendo en cuenta todo lo que ha pasado hasta ahora, no me sorprendería.

Leyendo la incógnita en mi rostro, dice:

—Ven, vamos a navegar, mientras menos pienses, menos razones encontrarás para alejarte. —Muerde su labio mientras niega como si no tuviera remedio—. Sostenla así.

Me refugio en su costado y pongo mi mano sobre la vara justo como él me pide y la muevo tomando en cuenta la dirección de la corriente. Chillo cuando somos impulsados a través del agua rápidamente, gracias a mí. Bueno, a mí y a los fuertes brazos de Dean, sin ellos, nada de esto sería posible.

— ¡Dean! —El viento choca contra mi propio rostro— ¡Esto es asombroso! —Escupo los mechones de cabello que se meten en mi boca. Él ríe y hace una coleta de mi cabello con su mano. Suelto otro gritito cuando soy la única que está llevando el mando— ¡No nos estamos ahogando!

—Por supuesto que no, Ellie —Frota sus labios contra mi mejilla—. Tengo una chica lista al mando.

Mi labio inferior tiembla, hace mucho tiempo que nadie me decía cosas tan lindas o se tomaba tantas molestias por mí. Quiero llorar. En su lugar, desvío las emociones al igual que mi rostro a sus labios. Lo beso como si no hubiera mañana. Como si al día siguiente pudiera desaparecer de nuevo, dejándome

vacía por dentro. Suelto un poco el control sobre la nave, rezando para que no nos estrellamos contra una roca como en el *Titanic*, para hacer lo mismo que tanto le gusta y mantener su rostro quieto.

Termino nuestro pequeño momento de afecto acariciando mi mejilla con la suya. Tengo miedo de que esto termine y vuelva al mismo lugar que antes, pero no soy lo suficientemente fuerte.

Y, de nuevo, tampoco quiero.

Dean, me hace sonreír, reír, llorar y querer destruir el mundo solo para volver a reconstruirlo a nuestro alrededor de acuerdo a nuestras necesidades y en contra de todo aquello que nos quiera separar.

Un sitio en el que podamos estar juntos.

—También solo fui feliz contigo.

Algo en lo que digo hace que se estremezca con una emoción que no logro identificar y que una sombra se asiente sobre su rostro. Vuelve tan rápido a mí, sin embargo, que no lo cuestiono.

— ¿Qué nos detiene seguir siéndolo?

—Un montón de cosas —suelto.

— ¿No las podemos enfrentar?

—Podríamos intentarlo.

—Pase lo que pase, ¿confiarías en mí?

—Sí —lo digo sin dudar.

Si soy una tonta o no por confiar en él, solo sus acciones lo dirán. No puedo hacer nada al respecto. Prefiero intentarlo que quedarme con la pregunta de qué habría pasado sí...

—Sonríe.

—Eso es lo único que necesitaba oír.



Estamos de regreso

a las cinco. De allí nadamos en la piscina un rato, riéndonos del primer día en el que salí huyendo, devolviéndome al haber olvidado mi bolso, debido a la impresión. Nos besamos tanto como podemos, noto a los trabajadores del hotel mirándonos con ojos de plato en especial cuando ríen, e intento ignorarlos, pero llega un punto en el que son demasiado evidentes señalándonos.

— ¿Nunca te han visto sonreír?

—Nunca me han visto pasar el rato con una chica. —Muerde mi hombro—. Te estás poniendo arrugadita, casi te arranco el pellejo, ¿nos salimos?

Tirito. —Por favor.

Dean asiente, segundos después salimos y soy montada sobre su hombro. Golpeo su espalda luchando para que me suelte, pero solo consigo ser azotada. Chillo.

— ¡Déjame ir! Me aprieta una nalga.

— ¡Jamás!

En vez de llevarme a mi habitación, Dean nos conduce a la suya y en ella es que permite que me cambie. Claro, lo hace a su manera, él mismo me quita el traje de baño y peina mi cabello mojado con sus dedos. Una vez estamos húmedos y desnudos contra las sábanas, me calienta con su propio cuerpo cerniéndose sobre mí y reclamando mis labios con los suyos. Separo mis piernas para permitirle el acceso de su miembro a mi sexo. Gime mientras se entierra en mí sin más. Me quejo cuando, tras unas cuantas embestidas, se retira.

—Date la vuelta.

—Sí. —Estoy debajo de él. Mete sus manos por debajo de mí, las posa bajo mi estómago y me impulsa contra su polla. Mi trasero queda vulnerable. Mi vagina igual—. Dios, Dean...

—No digas mi nombre así —gruñe enterrándose en mí hasta la empuñadura. Grito—. No lo digas.

— ¿Por qué...? ¡Ah! —Muerde mi hombro de nuevo. Lloriqueo. El dolor y el placer que siento en estos momentos son demasiado. Muero de placer cuando me embiste más fuerte. Lo quiero más duro, sin embargo—. Por favor.

—Sé silenciosa y te dejaré acabar —lo escucho decir. Afirmo de manera descontrolada—. Buena chica...

Pasamos alrededor de media hora en lo mismo: Dean retirándose y mordiéndome cada vez que siento que voy a terminar. Para cuando por fin me permite llegar, derramándose dentro de mí, las ganas que siento de acabar son tan potentes que ni siquiera la almohada contra la que presiono ayuda a callar mis gritos. Dean me sostiene en sus brazos, desnuda y vulnerable, mientras mis últimos estremecimientos se hacen cargo. Me siento tan pequeña y débil, pero a la vez protegida que mi cuerpo se deshace y termino sometida al abrumador mar de sensaciones.

Dean me sostiene mientras lloro, besa mis mejillas. Me dice lo hermosa que soy, que lo único que quiere hacer desde que me vio otra vez, es amarme y consentirme. Que está cansado de estar solo. Que lo ha intentado con otras, lo que me pone celosa, pero que con ninguna de ellas sintió ni siquiera la mitad de lo que siento conmigo. También menciona lo en paz que se siente conmigo cuando estoy con él, como si hubiera esperanza, lo que solo me hace llorar más. El hecho de que nos sintamos igual es tan hermoso.

—Nunca dejé de quererte.

—Dolor llena sus ojos.

—Ni yo —responde y entonces, me hace el amor.

Besa cada rincón de mi cuerpo, logrando de alguna forma, acariciar mi alma con delicadeza. Esta vez no nos dominan las ganas, sino el deseo de mostrarle al otro en qué cantidad es amado. Mientras se sumerge en mí, su frente contra la mía, su transpiración contra la mía, curvo los dedos de mis pies y él acerca sus labios a mi oído.

—Eres mía.

—Soy tuya. —Muerdo su mandíbula— ¿Y tú mío?

— ¡Completamente!

Me despierto sola a la mañana siguiente, pero en esta ocasión, no encuentro a Dean en ningún sitio. No está en la ducha ni escondido en el armario, tampoco en el balcón o llenando la jarra de agua en el pasillo. Quiero hacer algo lindo para él, así que entro al baño y me doy una rápida ducha. No traje ropa, por lo que solo me cubro con una toalla.

Mi plan de ser linda se vuelve añicos cuando la recepcionista me pregunta mi número de tarjeta de crédito. Al parecer han tenido recientes y serios problemas con clientes negándose a pagar lo que refleja la cuenta final, por lo que han establecido un nuevo método. Dejé mi billetera en mi habitación, cuelgo con la promesa de llamar más tarde. En lugar de ir a mi cuarto, busco alrededor del cuarto de Dean por su billetera. Estoy por rendirme cuando la hallo en uno de los cajones de un escritorio en la esquina, se lo pagaré después. La pequeña pieza de cuero se resbala de mis dedos, sin embargo, cuando veo el nombre en la tarjeta de crédito. Pienso que podría ser solo un error, sin importar que esté lejos de vencerse, así que la recojo rápidamente y decido buscar otros documentos.

Lo mismo sucede con su identificación. Con su visa. Con su seguro. Con sus otras tarjetas...

Todos dicen que pertenece a Liam Jones, no a Dean Jones.

En medio de un ataque de pánico, me llevo las manos a la boca y sollozo. No puedo permitirme caer, sin embargo, tan pronto. Necesito salir de aquí primero. Necesito estar segura.

Dejo todo como estaba, la billetera en su lugar, la bata de baño guindada y bajo a mi habitación con la misma ropa que usé ayer así esté húmeda. Allí me cambio por un vestido lo más rápido de poner que encuentro, de algodón. Hago mis maletas de forma veloz. Dejo en el armario lo que no consigo meter, en su mayoría ropa que compré aquí, junto con una nota para la encargada. Le pediré que lo envíen a Londres y si no pueden, que se lo queden.

De todas formas, no planeo volver.

